

I

ESTADO DE LA CUESTIÓN DE LOS ESTUDIOS DEL OP

Antes de iniciar el estado de la cuestión al hilo de la cronología, nos permitimos la licencia de recordar algunas frases que muestran que el OP incluso para los autores que se habían ocupado del tema, era un terreno casi desconocido en la filología latina. Marouzeau, por ejemplo, hablaba del estudio del OP como *une des plus difficiles et des moins avancées du domaine de la stylistique* (*L'ordre...* 1948, p.161, nótese que por estas fechas Marouzeau llevaba más de cuarenta años investigando y publicando sobre el OP con la constancia de la que da cuenta la recopilación bibliográfica que ofrecemos al final), o Rubio, que después de leer a Marouzeau decía (*Introd.*, 1982, p.192) *son tantos los principios reguladores del orden y tantas las excepciones y contraexcepciones...que el lector acaba preguntándose si el título apropiado a sus trabajos es «el orden» o «el desorden»*, o como Segura, que añadía, después de leer a Adams y a Rubio, *aún no hemos dado con un procedimiento o método medianamente útil y serio para realizar la investigación del orden de palabras* (1979-80, p.128), o como Panhuis, que presentaba su tesis doctoral sobre el OP *to fill a gap* (*The Communicative...* 1982, p.V) y asumía como propias las palabras de Rubio sobre Marouzeau, o como Pinkster, que señalaba que las investigaciones en este tema estaban poco desarrolladas y sólo en el capítulo del OP de su *Sintaxis* reclamaba en más de media docena de ocasiones la necesidad de nuevas investigaciones (sobre su teoría a este respecto, cf. *infra*)¹.

Por lo tanto, el OP es también un tema abierto, difícil de situar en un terreno concreto de la filología latina: psicológico, estilístico, sintáctico, diacrítico, tipológico, pragmático, universal. Puede que todavía no se agoten los calificativos que se han dado y que resumen las distintas perspectivas con las que, como veremos, se ha abordado su estudio.

Ante la complejidad del tema, hemos optado por trazar este estado de la cuestión al hilo de la diacronía, aunque hemos agrupado a veces en un mismo apartado algunos estudios de línea similar. Otros panoramas, más breves, sobre el estado de la cuestión del OP se han enfocado temáticamente², de acuerdo con los distintos aspectos del tema.

¹ Otros reconocimientos similares en Contreras H., *El orden...* 1978, p. 13: –referido al OP del español–.

² Cf., en orden cronológico los de Molinelli (1986), Cabrillana (1993) y Rivero (1998).

1. LA APLICACION DE LA PSICOLOGIA A LA LINGÜISTICA

1.1. CHR. KOCH

De linguarum indole non ad logices sed ad psychologiae rationem revocanda es el título expresivo de su trabajo (Marburgo 1809) que marca el inicio de la aplicación de las corrientes psicológicas a la sintaxis, desarrolladas especialmente a partir del último cuarto de siglo³.

Por lo que respecta al OP se formulaban en él nociones como «centro de atención» o «interés especial», que explicaban la colocación de las palabras importantes en el primer lugar de la frase o en el último, como se hacía patente en la tendencia a la situación inicial del imperativo o de las negaciones. Se señalaba, además, la tendencia a destacar los verbos u otras palabras que expresaban ruidos o tenían otras características onomatopéyicas; o a anteponer aquellos términos que por su significado expresaban nociones como «lo primero», «lo importante», y sinónimos, con independencia de cuál fuese la clase de palabras a la que pertenecían.

Por el mismo camino, se explicaba el nominativo aislado enfático, germen de los posteriores giros absolutos, cuya colocación inicial obedecía a que era el primer concepto que venía a la mente del hablante, quien, por lo tanto, lo expresaba en nominativo; luego reflexivamente formulaba el resto de la frase con un nuevo sujeto gramatical, quedando el primero, el psicológico, aislado sintácticamente del resto.

En el terreno estilístico, algunas figuras que implicaban cambios en el OP, como la prolepsis, la enálage o el *hysteron-proteron*, se consideraban motivadas por los impulsos psicológicos del hablante, que dominaban por encima de la exposición lineal o cronológica de los hechos⁴.

1.2. H. WEIL

En este ambiente, la obra de Weil (1844), además de incorporar la psicología al OP, era la monografía donde se encaraban las cuestiones teóricas o principios del OP. La relativamente reciente reedición de este estudio (1978) es señal de la nueva actualidad de algunos de los planteamientos psicologistas que presidían esta obra⁵.

³ Los postulados y aportaciones de la aplicación de la psicología al estudio de la lengua, tal como se efectuaba en el siglo pasado, se describen de forma clara y casi exhaustiva en Sánchez Lasso de la Vega, J., *Sintaxis*...1968, pp.97-190.

⁴ De la frecuencia a anticipar la idea más importante en la lengua afectiva también trata Hofmann, cf. infra.

⁵ La psicología del lenguaje suponía obviamente una aplicación de los planteamientos de la psicología, ciencia entonces novedosa y en progresivo auge, a la lengua. El objetivo primordial era saber más psicología a partir de la observación del habla. Hoy la psicolingüística trabaja dentro de hipótesis lingüísticas y se centra fundamentalmente en el estudio de la adquisición del lenguaje. Incluso dentro del estructuralismo, a pesar de que tendió a una concepción inmanente de la lengua, la conocida teoría de las funciones del lenguaje de K. Bühler (1934) se considera *una de las más importantes contribuciones realizadas a la teoría y a la psicología del lenguaje* (Malmberg, B., «Contribuciones psicológicas...»: *Los nuevos caminos de la Lingüística* 1969, pp. 225-232).

En síntesis, Weil señalaba que el principio más elemental exigiría que nuestras palabras respondieran a la masa de nuestros conceptos, formulándose a medida que estos se conformaban en nuestro cerebro. Si las cosas fuesen así, y si las palabras se dijeran en el mismo orden del pensamiento, el orden de las palabras debería responder en todas las lenguas al orden de las ideas. Sin embargo, Weil advertía que este principio no se daba en todas las lenguas, ya que existía una diferencia de comportamiento entre las lenguas antiguas, a las que pertenecían el latín y el griego, y las actualmente habladas, como el alemán, el francés o el inglés, entre otras que Weil introducía —chino y el turco—, sin atender a su distinta base morfológica. Su comportamiento diferente dependía de si utilizaban el OP para expresar relaciones sintácticas o si estas relaciones gramaticales se expresaban por otros procedimientos distintos, como, por ejemplo, por la flexión.

Cuando las lenguas utilizan el OP de acuerdo con un principio sintáctico, tal OP no tiene la suficiente flexibilidad como para acompañar siempre al orden de las ideas; sólo lo hará cuando lo permitan los condicionamientos sintácticos para los que también sirve y, además, de modo prioritario, pues de lo contrario se interrumpiría la *comunicación*⁶. Este es el caso de las lenguas modernas, caracterizadas por un OP fijo. En cambio, en las lenguas antiguas, el OP no responde a un principio sintáctico —para esta aserción Weil se basaba también en los testimonios de los antiguos, quienes consideraron, según su opinión, que el OP reposaba en principios como la eufonía o el ritmo—; es libre y, por lo tanto, puede expresar el orden de las ideas. A partir de aquí entran en juego dos factores importantes:

— La consideración de elementos tales como «subjetividad», «intencionalidad», «emoción», etc. del hablante, como factores de primera importancia en la colocación de las palabras en la frase, lo cual llevaba aparejado —y así lo postulaba él— un mayor conocimiento de las condiciones del hablante así como de la lengua hablada.

— La dificultad, en virtud del principio anterior, de formular reglas sobre el OP, ya que éste sólo manifestaba en casos concretos algunas tendencias, como la posición final del verbo, que no podían tenerse por las habituales de la lengua latina.

2. LA CONTRIBUCIÓN DE J.B. HOFMANN

Por las repercusiones que para el estudio de la lengua popular de todos los tiempos tuvo su monografía sobre *El Latín Familiar*⁷ y porque en ella, además, se ocupaba de la «ordenación afectiva de las palabras» (pp. 178ss.), iniciando una vía de estudio hoy todavía de actualidad, la figura de Hofmann merece una consideración particular⁸. En su obra señalaba, entre otras, las siguientes tendencias que afectan al OP:

⁶ Sobre la revitalización de este concepto en teorías actuales del OP, cf. infra.

⁷ Citado por la traducción castellana de J. Corominas. Madrid, CSIC 1958.

⁸ Una muestra ilustrativa de la importancia y actualidad que todavía tiene esta obra es su reedición, o más propiamente, su traducción italiana, acompañada de introducción y notas por L. Ricottilli (citada por Calboli, G., «Latino volgare...» 1994, p. 51).

– La desarticulación de los miembros de la oración, dando lugar no sólo a la anteposición del nominativo, luego enfáticamente recogido por un pronombre, generalmente en otro caso, sino también motivando la colocación inicial de la idea recalcada y del concepto más importante.

La sintaxis familiar tiende a desintegrar las frases elaboradas lógicamente, convirtiéndolas en oraciones esquemáticas, cada una con su entonación propia y con pausas entre ellas. Particularmente, señalaba Hofmann, la desarticulación es de rigor en las preguntas encabezadas por *quid*, en las que en el diálogo se establece un corte detrás del sujeto, que, generalmente, es un pronombre; la aclaración de *quid* se va desarrollando a lo largo de adiciones a la primera pregunta. De esta manera, a partir de ejemplos como el de Plauto, *Aul.* 183

Quid tu? recten atque ut vis vales?

se mostraba no sólo la ruptura de la organización sintáctica, sino la facilidad de aparición de nominativos exclamativos o enfáticos partiendo de estas construcciones en las que Hofmann comprobaba de paso –pues su preocupación no era hablar del OP, sino de la desarticulación de los enlaces sintácticos– la tendencia del sujeto a encabezar la frase, a que le siguiera una breve aposición, oración de relativo u otra adición, para ser recogido después –el sujeto o bien la idea más importante que asumía la colocación inicial– por un anafórico. En definitiva, sus palabras textuales destacaban (ib. p.158): *a pesar de la carencia de investigaciones de conjunto, la lengua familiar, aun en la oración normal, no desarticulada, generaliza mucho más que la lengua común la colocación inicial de la idea recalcada.*

– La acumulación de palabras invariables al principio de frase, a veces desprovistas de todo su valor, sirviendo sólo para ayudar a iniciar la respuesta o el escrito, lo que, a su vez, repercute en la colocación inicial de los adverbios.

– El estilo adicionante que se manifiesta, a nivel de oración, en la preferencia por la construcción menos trabada de la aposición, entendida como corrección posterior o bien como *palabras para complementar una descripción incompleta o defectuosa* (p.178), con el consiguiente orden de palabras que exige su posposición; la aposición se muestra, pues, como un recurso popular, adicionador, heredado del indoeuropeo, mientras que el epíteto al ser una añadidura de algo ya conocido, se convierte en un recurso ornamental del lenguaje elevado.

A nivel de unión de oraciones, la preferencia por el estilo adicionante se manifiesta por el uso de la parataxis. A su vez, por deseo de buscar la *oratio recta*, la lengua familiar tiende a evitar la subordinación con los verbos *dicendi*, *cogitandi*...; estos tienden a ponerse en medio o detrás de la idea principal, cuando indican sólo una actitud subjetiva, ocupando así una posición propia de partículas enclíticas (Plauto, *Men.* 600 *iratast credo nunc mihi* -ib., p. 160ss.-). Si ocupan la posición inicial es porque se intenta recalcar la idea de que es una opinión. Pero cuando se relacionan con oraciones interrogativas, aparecen en posición final, debido a que la interrogación es tan importante que toma la delantera. En estos casos también es frecuente la anteposición o el uso como incisos, sin que el autor llegue a manifestar cuál puede ser la causa de uno u otro OP.

En síntesis, Hofmann no pretendía extraer conclusiones sobre el OP –incluso alguna de sus documentaciones, como esta última, es poco ilustrativa de alguna tendencia marcada a un OP concreto en la lengua latina– sino destacar que los condicionamientos psicológicos –no lógicos– del OP, en la lengua familiar, eran todavía más fuertes⁹.

3. LA GRAMÁTICA HISTÓRICA

Los grandes manuales y, en general, las gramáticas de signo historicista exponían las tendencias más generales del OP y también las más indiscutibles; la principal era que se trataba de tendencias moderadas que no llegaban a la categoría de leyes.

En este terreno inseguro es curioso observar que casi todos los manuales recogían el tema del OP dentro de la sección dedicada a la sintaxis: era en cierta manera un reconocimiento implícito de la pertenencia del OP al terreno de la gramática, pero muy frecuentemente anotaban a continuación, como herencia de los postulados de la corriente anterior –y a partir de cierta fecha, bastante posterior, de los estudios de Marouzeau–, que el OP era libre, expresivo y más propio de la estilística. O bien se aceptaba una especie de doble OP, el que constituía la tendencia habitual y el que se basaba en la libertad por diversas razones. También éste era un viejo concepto que aparecía ya en la obra de JAHN, que distinguía un orden *retórico* frente al orden *gramatical* y en la de DELBRÜCK, que hablaba de un orden *habitual*, propio del hablar tranquilo frente a un OP *ocasional*¹⁰.

En esta misma línea, los grandes tratados gramaticales se ocupaban por extenso de las dos facetas del OP. Se mencionaba, en el orden normal, la propensión del sujeto a iniciar la frase y del verbo a cerrarla, salvo cuando se daba el orden ocasional, que motivaba cambios del OP en la frase, aunque no del OP general. El tratamiento del OP se iniciaba con las reglas de colocación de los distintos componentes de la oración –palabras enclíticas, el sujeto, el verbo, etc.– y concluía con las figuras retóricas relacionadas con el OP (KÜHNER-STEGMANN, pp. 590-622).

La misma consideración de un OP habitual y otro no-habitual, de valor estilístico, motiva el doble tratamiento del tema en su aspecto sintáctico y estilístico por HOFMANN-SZANTYR (pp. 397-410 y pp. 687-699). Sin embargo, la dificultad de deslindar ambos terrenos se observa cuando acuden a conceptos como «énfasis» o «mayor re-

⁹ Junto a la preferencia de la lengua popular por las construcciones formadas por sucesivos añadidos o aditamentos –pospuestos–, entre los que contempla la aposición, el paréntesis y las reiteraciones de sustantivos, menciona Hofmann algunas figuras, como el quiasmo, señalando que sólo alguna vez procede de la agrupación popular de poner lo importante antes de lo secundario, siendo por lo general de uso escaso en la lengua popular, y típico, en cambio, de la retórica. A su vez el *hysteronproteron* –de base popular, como muestra su estilo *adivinanza* al comenzar por lo enigmático para añadir a continuación la solución–, es también un recurso característico del habla familiar, que anticipa afectivamente la idea sustancial, mencionando, lo que en una disposición lógica hubiera debido ir al principio, en última posición, como una adición o suplemento; a la inversa que el quiasmo, se trata de un recurso familiar, muy escaso en la prosa retórica, en la que para Hofmann está casi siempre motivado *metri causa*.

¹⁰ Jahn, O., «Die Wortstellung...» 1845, p. 41 ss.; Delbrück, B., *Syntaktische Forschungen, III. Die altindische Wortfolge*. Halle 1878. Ambos, como señala Hoff, Fr., «L'ordre...» 1996, p. 372, son los precedentes de la teoría que, como es fácil de observar, se convirtió en la doctrina tradicional sobre el OP.

lieve» de los elementos para explicar los cambios del OP habitual, es decir, de aquel que se considera en su vertiente sintáctica. Sin negar la importancia de las aportaciones de Marouzeau, de las que pudieron beneficiarse en las últimas ediciones, la descripción de los hechos de OP reafirma con más datos, pero no altera en lo sustancial, lo expuesto por Kühner-Stegmann: tendencia del verbo a cerrar la frase salvo que se enfatice otro elemento, y del sujeto y objeto –a cuya posición apenas se había atendido– a precederlo, salvo existencia de las razones antes apuntadas, que sólo raramente desplazan al sujeto de su posición mayoritariamente inicial. La vertiente sintáctica del OP se trata en esta obra con mucha mayor amplitud de detalle que la vertiente estilística, limitada a algunas figuras –hipérbaton, anáfora, quiasmo, epífora, *complexio* y *hysteron proteron*–.

En otros manuales orientados a la lingüística indoeuropea (IE) los dos órdenes de palabras, el libre y el que tendía a fijarse convirtiéndose en habitual, se consideraban distintas etapas o fases de un mismo OP, al que se había llegado a través de un largo proceso (pre)histórico. Se insistía, pues, en la primitiva libertad de la colocación de las palabras: era el caso del IE donde «ninguna palabra tenía en la frase un lugar definido y constante», pero progresivamente –quizás para explicar un *hecho* de OP, como era el que, en la mayor parte de las lenguas IE, las palabras accesorias de la frase se situasen *obligatoriamente*¹¹ en segundo lugar– el OP había tendido a fijarse en las lenguas, subsistiendo restos más llamativos –griego, latín– o menos –lenguas germánicas– de la primitiva libertad de ordenación de las palabras importantes. Esta doctrina de MEILLET era coherente con su concepción del IE como una lengua de flexión casual muy rica, en coexistencia con un acento musical que marcaba diferencias de significado, al señalar, en este caso, el carácter accesorio o menos importante de las enclíticas. La pérdida de estas características en las distintas lenguas derivadas habría sido la causa de la tendencia a fijar el OP.

Y para cerrar este epígrafe, también la *Syntaxe Latine* de ERNOUT-THOMAS¹² se hacía eco de la relación entre la flexión latina y la libertad del OP, con una formulación radical, que posiblemente haya que atribuir a A. Ernout¹³ –«el mantenimiento de la flexión nominal ha hecho que el orden de palabras no haya cobrado jamás en latín una significación sintáctica»–, dejando constancia de ciertas preferencias «que no tienen nada de estricto»¹⁴. No deja de ser curioso –y un tanto contradictorio– que los autores se hubiesen ocupado, sin embargo, del OP en un manual de *Sintaxis Latina*. No lo es menos el lugar donde figura el capítulo del OP: en la oración simple, tras el capítulo sobre la concordancia y en el mismo en que tratan de *la expresión del sujeto*, a

¹¹ Meillet, A., *Introduction...* 1964, pp. 365-371 ; ib. p. 370: *C'est la seule règle d'ordre des mots qui existe en indo-européen*.

¹² Ernout, A. – Thomas, F., *Syntaxe...* pp. 161 ss.

¹³ Cf. infra a propósito de su polémica con Marouzeau.

¹⁴ Citan al respecto la tendencia a que el verbo ocupe la posición final, las palabras accesorias el segundo lugar, que también puede ser el del vocativo si es que no precede; además, la anteposición del adverbio, la variación en la posición del adjetivo y genitivo, así como la posposición de las aposiciones y secuencias fijas.

pesar de que pudiera esperarse, si era a lo sumo un hecho estilístico, que figurase al final, después del estudio de las oraciones subordinadas.

Así, pues, la idea más común con respecto al OP en los grandes manuales es que se trataba de un tema a caballo entre la sintaxis y la estilística, pero, con todo, más estilístico que sintáctico –orientación ésta última que sólo se negaba en el manual de Ernout–. Asimismo se percibía que había un OP retórico, o como quiera que se le llamase, distinto del normal. Además, en estos manuales se recogía la relación inversa entre OP y flexión.

4. APORTACIONES FILOLÓGICAS EN ESTE PERÍODO

Están representadas en esta época sobre todo por el estudio de LINDE¹⁵, de 1923, muchas veces citado en toda la bibliografía posterior, ya que sus datos eran prácticamente el único soporte filológico de las teorías sobre el OP –y todavía, en parte, lo son–.

Linde distinguía entre el OP en oraciones principales y subordinadas, atendiendo sólo a la posición del verbo en la frase. Las principales conclusiones, y las más visibles de acuerdo con los datos resumidos que aquí ofrecemos, son la fuerte tendencia a la posición final del verbo en un autor como César, en contraposición a los datos que ofrece Varrón, y, de otra parte, la mayor propensión a la posición final del verbo en la oración subordinada, fenómeno que se registra en todos los autores examinados por él.

	OR. PRAL –V	OR. SUBORD. –V
César	84%	93%
Salustio (<i>Cat.</i> 1-36)	75%	87%
Catón (<i>Agr.</i> 1-27)	70%	86%
<i>Bellum Africum</i> (1-35; 8l ss.)	68%	73%
Tácito (<i>Germ.</i> 1-37)	64%	86%
Livio (XXX, 30-45)	63%	79%
Gayo (I, 1-38, IV, 160-187)	65%	80%
Cicerón		
(<i>Inv.</i> I, 1-22)	50%	68%
(<i>Rep.</i> I, 1-32)	35%	61%
Fírmico (<i>Err.</i> 1-12)	56%	64%
Varrón (<i>RR</i> 1-11)	33%	44%
Egeria	25%	37%

Linde calificaba con razón a César *als Fanatiker der Endstellung* –ib., p.154– y señalaba otros lugares –y autores, como Séneca– en los que aparecía el verbo en posición inicial o en posición interior, desde la Fíbula o el Vaso de Duenos hasta ejem-

¹⁵ «Die Stellung des Verbs...». Precisamente el cuadro final de cifras no pertenece a la presentación original del trabajo, sino a aportaciones ulteriores a partir de los datos ofrecidos por el autor.

plos tardíos de la literatura cristiana, subrayando algunas tendencias como la del imperativo o los verbos intransitivos a aparecer antepuestos.

La aportación de Linde al OP se consideró en estudios posteriores limitada, por atender sólo a la posición del verbo. Sin embargo, su gran contribución fue señalar, junto a las diferencias particulares del OP incluso entre autores coetáneos o el mismo autor, la tendencia generalizada, a la posición final del verbo en las oraciones subordinadas, un hallazgo que no se ha cuestionado todavía en posteriores desarrollos del OP.

Pocos años más tarde llegaba a conclusiones similares PERROCHAT¹⁶ señalando la gran frecuencia –casi también en torno al 80/90% en César– del verbo en posición final, y la mayor tendencia a ocupar esta posición en la oración subordinada. En autores como Séneca la posición final del verbo descendía hasta el 50%, y aun por debajo de estas cifras en la *Peregrinatio*.

5. J. MAROUZEAU

Su obra descansa en algunos puntos fundamentales: la idea de que los supuestos de OP en los que se basaba Weil eran incorrectos, la orientación del estudio del OP dentro del terreno de la estilística, la apertura y atención a diversos elementos, más allá de la posición del verbo, como los que constituyen los grupos nominales, y la formulación del principio de la existencia de un «orden», cuyas normas no eran fáciles de fijar, pero que, de acuerdo con sus propias palabras, podía sintetizarse en la célebre frase, que él utilizó como primera conclusión general de su vol. III y que luego se consideraría la conclusión final de su obra y la esencia del OP en latín: «libre, pero no indiferente»¹⁷.

Sin embargo, la envergadura del trabajo de Marouzeau exige que nos detengamos un poco más en su comentario. El repaso simplemente de los títulos de sus trabajos, que se ofrecen en la bibliografía final, muestra que Marouzeau trabajó en el OP durante más medio siglo –desde 1907 a 1961, e incluso más allá si se incluyen sus posteriores reseñas (1963) a Hofmann-Szantyr– y lo hizo de forma incansable, sólo interrumpida por las dos guerras, que coinciden con los períodos en que se distancian más sus publicaciones sobre este tema (de 1911 al -22, y del año -38 al -46). Probablemente contribuyó a que mantuviera a lo largo de su vida el interés por él, el hecho de que había constituido una de sus tempranas investigaciones y, acaso también, el reto de no haber logrado convencer a Ernout de que el OP pudiera someterse a unas reglas¹⁸.

¹⁶ «Sur un principe d'ordre...» 1926, p. 50 ss.

¹⁷ *L'ordre des mots...*, III, p. 191: la célebre frase procede de la conclusión de un trabajo previo suyo, aparecido en *Lingua* 1948.

¹⁸ Cf. la anécdota relatada al respecto por Rubio L., «Nuevas observaciones...» 1992, p. 79: «a principios de los 50... asistí a un cursillo que nos impartieron Marouzeau y Ernout...Tuve la oportunidad de plantear a ambos el problema del orden de palabras...Marouzeau reiteró su fe en el orden de palabras, aunque reconoció la dificultad de sintetizar breve y claramente los principios reguladores de tal orden. Ernout se mostró decididamente escéptico ante cualquier intento de formular normas aplicables al orden seguido por los escritores latinos en la colocación de sus palabras».

Los cuatro volúmenes de Marouzeau eran en parte una respuesta a las ideas psicológicas de Weil. Para Marouzeau la psicología no se reflejaba en la lógica ni la lógica en el OP, como contrargumentaba con la siguiente frase de César: *repentino Caesaris adventu timor augebatur*, en la que difícilmente podía ser admisible que la llegada de César se presentara a la mente antes que el temor. El OP no era una reproducción del pensamiento, pues en tal caso sería algo caótico, tal como ocurre «en determinados estados de delirio», sino una recreación personal del orden de las ideas, en un proceso de ordenación de éstas, en el que la máxima preocupación del hablante, aunque no sea consciente de ella, es formularlas de manera que sea entendido por su interlocutor. Pero tampoco era un puro reflejo de la lógica, como mostraba toda la lengua afectiva, en la que el sentimiento o la emoción podía alterar de muchas maneras la sucesión lógica de la exposición de unos hechos. Esto explica la orientación marcadamente estilística de su obra: la insistencia en la variantes de estilo.

El método de Marouzeau consistía —utilizando su propia terminología— en extraer de una construcción de base, que convenía que fuese una frase compleja, los grupos sintácticos que la constituían, tales como adjetivo-substantivo, adjetivo-genitivo, preposición-régimen, verbo y régimen, atendiendo además a la posición del verbo con respecto al sujeto y otros elementos. Luego se observaba el comportamiento de estos grupos sintácticos en diferentes frases y se podía concluir que las construcciones que no se adaptaban a la que se había tomado como básica constituían variaciones significativas estilísticamente. De esta forma, una vez que se llegaba a la conclusión de que el verbo se situaba al final —una idea que, aunque no era la primera vez que se expresaba, se consolidaba en la bibliografía posterior— cualquier otra posición en que apareciese tendría un matiz significativo diferente¹⁹: si aparecía al inicio, tendría un valor intensivo, dramático o inesperado, y, si se situaba en medio de la oración, realizaba el valor de los elementos iniciales y finales.

El mismo método se aplicaba al estudio de los grupos nominales, incluyendo el adjetivo, participio, posesivos, demostrativos, numerales, etc. En el caso del adjetivo, por ejemplo, se señalaba su tendencia a anteponerse —también típica de los posesivos, demostrativos y determinantes en general— cuando era epíteto, y, a su vez, a posponerse cuando tenía valor determinativo. En consecuencia, si éste se anteponía quedaba destacado y, a la inversa, si se posponía el epíteto. En el caso del genitivo también se daba una doble posibilidad de colocación —posposición del partitivo y, menos acen tuadamente, de los posesivos y del gerundio, frente a la tendencia general de la anteposición del que funcionaba como determinante— y de consiguiente realce si no se cumplía.

Establecido, pues, dentro de la frase el orden relativo de sus elementos, serán las variaciones de ese orden, fundamentado en la sintaxis —y no en la lógica ni en la psicología—, las que produzcan cambios estilísticos significativos por dos vías:

– Por disyunción, cuando se separan los grupos sintácticos, provocando entonces un efecto de «suspense».

¹⁹ Ib. III, p. 47: *La position finale est la plus fréquente. Elle paraît employée toutes les fois qu'il n'y a pas lieu de prêter à l'énoncé une valeur ou un rôle notable.*

– Por inversión de los elementos del grupo, lo que provocaría el efecto de sorpresa.

Pero la aplicación del método a los textos exigía otras consideraciones, según el tipo de lengua coloquial o culta, el género literario, etc. más difíciles de precisar. En general, a medida que se salía de los denominados «grupos sintácticos» y se analizaban unidades de mayor extensión, como en el vol. III y IV, aumentaban las dificultades de sistematizar las distintas posiciones posibles de cada elemento²⁰. En el estudio de la frase en dichos volúmenes, Marouzeau partía como concepto básico del lugar de la frase ocupado por un elemento –inicial, segundo o final–. Este lugar, el inicial o final, hacía cobrar relieve a la palabra ocupada por él, especialmente si no era la llamada a ocuparlo –por ejemplo, el sujeto, tanto el gramatical como el lógico, como tendía al inicio o al fin de frase, no tenía especial realce en estas posiciones–. A su vez, en el interior de la frase diversos juegos de atracciones y de oposiciones, de tendencias contrapuestas a la asociación o a la separación provocaban diversos efectos de realce –el juego de la antítesis o del quiasmo, por ejemplo–, pero, como en todos los capítulos de su obra, prácticamente nada tenía valor general, y casi todo se matizaba por medio de las excepciones y las contraexcepciones.

La minuciosa descripción del OP, que es la indiscutible aportación de Marouzeau, finaliza con una muy matizada conclusión general por parte del autor, de la que aquí sólo citaremos alguno de sus párrafos: *el orden de palabras en latín es muy raramente obligatorio... A veces se rige por un uso tradicional que perpetúa un estado de lengua antiguo* –caso de las palabras accesorias– ..., *puede distinguir funciones y puede servir para poner en relieve un término del enunciado*²¹...

6. EL ESTRUCTURALISMO: L. RUBIO

El título de este epígrafe requiere alguna precisión, pues no se trata de afirmar que el estructuralismo haya impuesto una manera especial de ver las cuestiones de OP con respecto a la Gramática histórica, sino de señalar la contribución al OP por parte del señalado estructuralista, en un artículo incorporado a una de las escasas Sintaxis Estructurales de la época. Por lo demás, la contribución de Rubio no es un trabajo especialmente inspirado por los supuestos teóricos del estructuralismo; por el contrario, está bastante alejado de las teorías de Tesnière –cf. infra– y bastante más próximo a las de Marouzeau.

Pues bien, en su artículo sobre el orden de palabras²², orientado al latín clásico, partía Rubio de un reconocimiento del principio del orden en la disposición de las palabras, tal como era también la tesis sostenida por Marouzeau. Examinando algunos testimonios de autores antiguos concluía que los latinos tenían conciencia de una ordenación natural de la palabras en su lengua –ib., p. 192–, aunque no habían formulado unas reglas explícitas.

²⁰ Ib. III, p. 137: *L'arrangement des membres dans la phrase et des phrases dans la chaîne de l'énoncé est fonction de facteurs particulièrement complexes.*

²¹ Más extensamente en *L'ordre...*, vol. compl. IV, pp. 111-114.

²² «El orden de palabras...», recogido en *Introducción a la Sintaxis...* 1982, por donde aquí lo citamos.

De acuerdo con ello, el OP está sujeto a unas «reglas generales», que, en realidad, no se oponen a las ya descritas por Marouzeau, pero se presentan *formuladas* con la claridad y brevedad que caracterizan a nuestro autor²³, de modo que, utilizando sus propias palabras, se condensan en las siguientes reglas –pp.199-200–:

1. En el sintagma predicativo normalmente el sujeto encabeza la oración y el predicado la cierra.

2. En el sintagma determinativo todo elemento determinante precede normalmente al determinado (adverbio-verbo; adjetivo-substantivo; substantivo en dependencia de un verbo o de otro substantivo).

3. Las preposiciones preceden al substantivo que rigen; las conjunciones a los términos que enlazan.

El alcance de estas reglas era, en opinión del autor, muy elevado, lo que, a falta de otros avales filológicos de más peso, sólo intentaba probar por vía de unos pocos ejemplos²⁴.

A su vez, las excepciones obedecían o bien a secuencias fijas –tecnicismos de la lengua con o sin mantenimiento del orden habitual–, fenómenos de arcaísmo, como era el caso de las preposiciones pospuestas y de las conjunciones enclíticas *-que*, *-ve*, o bien se trataba de desviaciones «libres o estilísticas». Estas podían estar motivadas por razones expresivas o estéticas, pero, en todo caso, tenían unos límites. El más notable era que la «inversión» (= anástrofe, en la terminología más habitual desde los antiguos) tendía a no combinarse con la «disyunción» (= hipébaton).

Por último, el OP era, además de un indicio de orientación estilística, un indicio de orientación sintáctica. Sobre este último extremo volvía a insistir, veinte años después, en un nuevo artículo sobre OP²⁵, mostrando en una serie de ejemplos de César, Cicerón, Lucrecio y Virgilio, la ayuda del OP para comprobar las relaciones de dependencia sintáctica utilizando el criterio de la precedencia del determinante para desambiguar posibles casos de duda y añadiendo, además, el criterio subsidiario de su inmediatez.

En algunos casos las apreciaciones de Rubio parecen incontrovertibles; así, en Caes. BG 4,30 (cf. infra) *paulatim* debe referirse –sólo por un criterio de OP– a *discedere*, y no a *coeperunt*, como habían sostenido algunos comentaristas.

Itaque rursus, coniuratione facta, *paulatim* ex castris *discedere* et suos clam ex agris *ducere coeperunt*.

²³ En una de las últimas formulaciones de esta teoría (*Nueva Sintaxis...* 1995, pp. 92-94), sostenía su autor que el OP podía reducirse a tres reglas básicas:

1. El sujeto encabeza la oración y el predicado la cierra.
2. Todo elemento determinante (o subordinado) precede (inmediata o mediatamente) al determinado (o regente).

3. Las partículas (preposiciones o conjunciones) preceden inmediata o mediatamente al término que afectan para coordinarlo (conjunción) o subordinarlo (preposición).

Las excepciones a las tres reglas obedecen a algún motivo: generalmente son una manera de llamar la atención sobre un elemento, como nuestros subrayados. Junto a la masa de las consideraciones de su artículo anterior, ausentes en esta nueva formulación, parece subyacer, casi como una sugerencia de fondo, la última y más general de las tendencias de OP, aunque todavía no llega a ser formulada: el determinante (del substantivo, o sea, el adjetivo morfológico o funcional, o del verbo, o sea, sus complementos) precede al determinado sea nombre o verbo.

²⁴ En edd. posteriores de su *Introducción a la Sintaxis...*, como en la de 1982, se incorporó un apéndice al OP con explicaciones prácticas basadas en un mayor número de ejemplos y abundante utilización de gráficos.

²⁵ «Nuevas observaciones...» 1992, p. 79 ss.

Sin embargo, el criterio de inmediatez, como Rubio reconoce, no pasa de ser una tendencia: no es un criterio susceptible de una aplicación mecánica. En otro de los textos aducidos por el mismo autor, parece bastante dudoso que este criterio desambigüe: Lucr.I,9-12

*Nam simul ac species patefactast uerna diei
et reserata uiget genitabilis aura Fauoni
aeriae primum volucres te, diua, tuumque
significant initum percussae corda tua ui.*

La cuestión que se plantea en este pasaje es si *genitabilis* es un genitivo referido a *Fauoni* o un nominativo referido a *aura*. El autor señala que las respuestas de los comentaristas a esta cuestión se dividen en un 50% en un sentido u otro, decantándose él por referirlo a *aura* «el fecundo soplo del zéfiro», según el principio de inmediatez del OP. Pero también es defendible la posibilidad contraria. En efecto, si se atiende al contexto más amplio, se observa que el texto pertenece a la invocación a Venus, principio de la vida, que se inicia con una descripción de la primavera. Sin negar, como es obvio, el carácter poético del pasaje, incluso reconociendo que al ser el inicio de la obra puede estar más acentuado que en otras secciones, Lucrecio describe la primavera con los mismos elementos de contenido que la literatura científica coetánea y posterior, sin ahorrar ninguno. Su coetáneo Varrón, *RR.* 1,28 señalaba que el cálculo más exacto de la primavera no era el día vigésimotercero del paso del sol por Acuario, sino el inicio del favonio. Plinio, *NH.* 2,122 recoge también el mismo inicio de la primavera con el favonio y recuerda que en algunos lugares le llamaban Gelidonio porque traía las golondrinas –cf. *volucres* de Lucrecio– y abría el tránsito de los mares (a lo que también alude Lucrecio como después Hor. *C.* 1,4). El favonio, que conservaba el recuerdo de su etimología, se consideraba el viento que *favorecía* la concepción, de acuerdo con una tradición que todavía recoge S. Isidoro²⁶. Volviendo al texto que nos ocupa, parece que si el poeta no buscó deliberadamente la ambigüedad y prefería hablar con propiedad, referiría *genitabilis* a *Fauoni* «el soplo del fecundo favonio».

También, a título de mostrar cómo el criterio de referir el determinante mecánicamente al primero de los posibles términos determinados puede inducir a un error de interpretación, puede observarse, por ejemplo, Hor. *C.* 1,5

*Quis multa gracilis te puer in rosa
perfusus liquidis urget odoribus
grato, Pyrrha, sub antro?
Cui flavam religas comam*

²⁶ A propósito de los diversos parentescos por filiación, en este caso, de los hijos ilegítimos, a los que también llamaban *favonios* porque algunos animales se creía que concebían con el favonio, con su soplo cálido: Isid., *Et.* 9,25: *Eosdem et Favonios appellabant, quia quaedam animalia Favonio spiritu hausto concipere existimantur.*

De acuerdo con las fuentes –y con la mayoría de los comentaristas– el pasaje no admite otra interpretación que la de referir *multa... in rosa* a *urget* y no a *perfusus*, a pesar de su mayor proximidad²⁷.

7. LA APLICACIÓN DE LA TIPOLOGÍA LINGÜÍSTICA AL OP

7.1. UN PRECURSOR DE LA TEORÍA: L. TESNIÈRE

Puede hacerse una mención a L. TESNIÈRE como un precedente y un impulsor en el desarrollo de la corriente tipológica del OP. En efecto, en sus *Éléments...* pp. 22-23; 30ss., afirmaba que así como las lenguas diacronicamente se estudiaban en términos de genealogía, a nivel sincrónico había que estudiarlas en términos de afinidad de estructuras, es decir, de tipología –lo cual, tal como él advertía, no implicaba suponer ningún parentesco entre ellas–. Un «tipo» de lengua se definía como un conjunto de lenguas que comparten unas características de estructura; por lo tanto, diferente de una «familia», donde las lenguas lo que comparten es una genealogía.

No era la primera formulación que se hacía en el mundo de la lingüística latina a favor de los estudios tipológicos. El propio Tesnière reconocía, como pioneros en la clasificación tipológica de las lenguas, a los lingüistas de la escuela romántica alemana, Fr. Schlegel (*Über die Sprache und Weisheit der Indier* 1808) y G. Humboldt (*Über die Kawisprache auf der Insel Java* 1836), aunque su clasificación general de las lenguas en aislantes, aglutinantes y flexivas no era ajena a los postulados historicistas, como lo mostraba el hecho de que los tres tipos de lenguas se considerasen tres fases por las que pasaban todas las lenguas del mundo, aparte de estar inspirada en un criterio morfológico.

Los neogramáticos habían sido muy hostiles a las clasificaciones tipológicas defendiendo que sólo las genealógicas, fundadas en la historia de las lenguas, podían tener valor. Naturalmente, el estructuralismo veía en las clasificaciones tipológicas de comienzos de siglo un intento de distribución sincrónica de las lenguas, y, en esta línea, se inscribe la aportación de Tesnière. Su precedente más directo era, como él reconocía, la obra de P.W. Schmidt (*Die Sprachfamilien und Sprachenkreise der Erde*. Heidelberg 1926) en la que la clasificación tipológica de las lenguas se establecía con criterios diferentes de los humboldtianos, ya que se efectuaba *par le sens du relevé linéaire* –ib., p.32–.

La linealidad del habla ya no era un criterio morfológico, sino que afectaba a la estructura de las lenguas y en concreto a su sintaxis, lo cual se ajustaba bien a una obra cuyo título contenía precisamente esos dos términos. En su aplicación a la clasificación de las lenguas, Tesnière señaló que las lenguas se dividían, de acuerdo con este principio, en centrífugas o descendentes (tipo, cast.: «caballo blanco») cuando los términos van ale-

²⁷ Nisbet, R.G.M.- Hubbard, M.H., *A commentary on Horace: Odes, book I*. Oxford, Clarendon Press 1970, pp. 72 ss., sobre el motivo en la poesía erótica griega y romana del «baño de rosas»; a su vez, *perfusus* se refiere a los ungüentos que se daban al pelo.

jándose progresivamente del nudo, y, de otro lado, lenguas centrípetas o ascendentes (tipo, ing. «white horse»), cuando los términos del enunciado van acercándose al nudo.

El criterio tenía, en principio, una ventaja teórica, como era la de excluir los tipos intermedios, dado que las lenguas tenían que mostrarse de acuerdo con un patrón o con otro; en su aplicación, no resultaba tan decisivo. El propio Tesnière reconocía que había lenguas más acusadamente o más mitigadamente centrífugas o centrípetas, y, a mayor añadidura, había lenguas en las que podían coexistir los dos tipos de «orden», si bien, en esos casos, el principio podía seguir aplicándose –ib., p. 32– porque *era muy raro que uno de los dos no primase sobre el otro*.

Los conceptos de Tesnière fueron importantes, como el resto de su obra²⁸, pues facilitaron, sobre todo, la difusión del criterio de que un hecho que diferenciaba a la mayor parte de las lenguas era el OP con el que se presentaban determinados enunciados. Pero los estudios de tipología, aplicada ya también al OP, de mayor repercusión se publicaron unos pocos años más tarde.

7.2. J.H. GREENBERG, UN HITO EN LOS ESTUDIOS DE OP

A partir de la década de los -60 cobraron gran importancia los estudios tipológicos, que tomaban un nuevo rumbo debido al impulso de la obra de GREENBERG, «Some Universals...», op.cit. Estudiando el comportamiento de treinta lenguas muy distintas, entre ellas, el vasco, bereber, griego, hebreo, japonés, italiano, turco, noruego, etc. –el latín no figura entre las estudiadas– aisló tres elementos, constituyentes de la oración, que aparecían en todas ellas: Sujeto (S), Verbo (V) y Objeto (O). Seguidamente analizó cuál era su orden en la cadena hablada de las treinta lenguas examinadas. Matemáticamente cabían seis órdenes diferentes²⁹, pero, como hecho empírico, Greenberg observó que, en principio, había sólo tres órdenes de palabras, tres serializaciones diferentes y, por lo tanto, tipológicamente tres tipos de lenguas:

Tipo 1.: V-S-O; Tipo 2.: S-V-O; Tipo 3.: S-O-V

De aquí dedujo su primer universal: en las oraciones declarativas con sujeto nominal el orden predominante³⁰ consiste en que el sujeto precede al objeto (ib., p.76).

Al estudiar qué otras características de OP tenía cada tipo de lengua advirtió que había otros «factores implicados»³¹ con cada orden. Por ejemplo, para lo que aquí nos interesa:

²⁸ Cf. infra su influjo en fechas recientes en la aportación de F. Charpin.

²⁹ Siendo permutaciones de tres elementos, serían matemáticamente posibles las siguientes soluciones: S-O-V, S-V-O, V-S-O; V-O-S, O-S-V, O-V-S.

Las tres últimas o no existen o son extremadamente raras, de acuerdo con sus comprobaciones.

³⁰ Conviene anotar que Greenberg siempre utiliza, como en este caso, todas las reservas y matices precisos en su expresión: cuando habla de OP, se refiere a él como «orden predominante», anotando la escasez de tipos puros y subrayando, en cambio, el comportamiento, en cuanto a OP, de «lenguas más coherentes y menos coherentes».

³¹ Entendiendo por ello la existencia de preposiciones o posposiciones, y el OP respectivo entre el nombre y el adjetivo.

- Lenguas con verbo inicial (V-S-O): tienen preposiciones y tendencia a situar el adjetivo tras el nombre.
- Lenguas con verbo en posición medial (S-V-O): utilizan escasamente las preposiciones, o al menos, con escasa regularidad y colocan el adjetivo tras el nombre también con menos regularidad.
- Lenguas con verbo final (S-O-V): tienen posposiciones y tienden a anteponer el adjetivo al sustantivo.

Greenberg matizaba el grado de cumplimiento de estas premisas en el sentido de que las lenguas 1 (VSO) eran *siempre* preposicionales, mientras que las del tipo 3 (SOV) sólo eran posposicionales *con una frecuencia aplastante que excluye toda casualidad*. Asimismo notaba que las lenguas 1 (VSO) admitían como sucesión alternante el tipo 2 (SVO), sin embargo, las lenguas del tipo 3 en los casos en que podían tener una colocación distinta de estos elementos, la que seguían era OSV, y los modificantes adverbiales del verbo precedían al verbo.

Con relación a la posición del adjetivo con respecto al sustantivo, muchas lenguas distinguían en la colocación los determinantes de los adjetivos que expresaban cualidades; por lo demás, el adjetivo era un elemento menos importante para la clasificación tipológica, si bien Greenberg señalaba que en las lenguas VSO lo más frecuente era el orden NA.

La situación del genitivo con respecto al nombre no se incluía en la clasificación tipológica por su correlación con el uso de preposiciones (Pr) y posposiciones (Po), anotando que en las lenguas con preposiciones, el genitivo sigue *casi siempre*³² al nombre (NG) y en las que tienen posposiciones lo precede (GN). El siguiente cuadro ofrecía un resumen de sus conclusiones sobre el OP en los elementos principalmente considerados:

	1 VSO	2 SVO	3 SOV
PoAN	0	1	6
PoNA	0	2	5
PrAN	0	4	0
PrNA	6	6	0

Sin embargo, siguiendo el razonamiento de Greenberg, nos parece que los tipos claramente delimitados por él son en realidad dos: lenguas VSO, ya que también pueden tener la tipología 2, y lenguas SOV. Estas últimas son las que se definen con más precisión, dado que el único cambio que se advierte en la colocación de los tres elementos, en las fórmulas tipológicas con las que alternan, no afecta a la posición del verbo. En cambio, las lenguas 2 (SVO) resultan más próximas al tipo 1 que al 3, pues, aparte de la señalada alternancia entre ambos tipos, tienen preposiciones, aunque su colocación sea menos regular. A este tipo menos caracterizado es, como señala Greenberg, al que pertenecen la mayor parte de las lenguas estudiadas por él –13 en el cuadro anterior–.

³² La única excepción, en las 14 lenguas preposicionales de las 30 estudiadas, es el noruego.

Entre otras afirmaciones de validez general que pueden tener aplicación al OP, se encuentra su comprobación de que si hay partículas o elementos interrogantes que se refieren a toda la oración, estos van frecuentemente delante en las lenguas preposicionales y al final en las posposicionales, mientras que, si se refieren a una palabra concreta, se sitúan casi siempre detrás de ella, anotando que estos elementos no aparecen en las lenguas VSO. Además, su comprobación de que en las lenguas en las que el adjetivo descriptivo precede (AN), también preceden los determinantes, sin excepción; y cuando en las lenguas preceden los demostrativos, numerales y adjetivos descriptivos –los tres o sólo dos de ellos– se sitúan siempre en este orden. Asimismo, el que en las lenguas VSO el verbo auxiliar flexivo precede siempre al principal, mientras en las del tipo SOV el verbo auxiliar sigue siempre al principal.

Habida cuenta de que este autor había seguido un razonamiento inductivo en su estudio del OP, sin basarse en la totalidad de las lenguas, los posteriores estudios de la corriente tipológica siguieron los dos cauces principales de investigación siguientes:

7.2.1. REVISIÓN DE LA TIPOLOGÍA IE

Por una parte, se intentaba averiguar a qué esquema tipológico podían corresponder las lenguas que no habían sido estudiadas por Greenberg.

Dentro de esta línea, una de las lenguas consideradas fue el indoeuropeo (IE). La aportación que hoy se considera más importante, desde el punto de vista de la tipología del IE, es la representada por W.P. LEHMANN³³, quien sostuvo que el IE pertenecía tipológicamente al grupo de lenguas con verbo situado al final.

Siguiendo la línea de Greenberg, para una clasificación general de las lenguas podía operarse, en principio, con dos tipos de lenguas: OV y VO, según el determinante precede al determinado –o todos los elementos que limitan preceden al limitado– o viceversa. Los conceptos que entran en juego para precisar la estructura tipológica están en función del OP con el que aparezcan los adjetivos y los genitivos, las oraciones de relativo, las preposiciones o las posposiciones, las formas de la comparación en las que el adjetivo comparativo preceda o se posponga al elemento comparado, los adverbios y el OP de OV/VO.

Atendiendo a todos estos conceptos, pueden existir lenguas de un tipo puro, o bien lenguas que estén en estado de transición de un tipo al otro, o bien lenguas que ya hayan concluido la fase de transición, pero en las que no hayan evolucionado todos los constituyentes que forman su tipología, sino que conserven, sin ulteriores evoluciones de OP, algunos elementos de la fase anterior –cf. al respecto el caso del francés, que, como lengua romance, tiene la tipología SVO, pero conserva, entre otras reliquias del estadio anterior, la anteposición de adjetivos, como *petit*, etc–.

³³ *Proto-Indo-European...* 1974 (= 2005, p. 30): *The fundamental order of sentences in PIE is OV. Support for this assumption is evident in the oldest texts of the materials attested earliest in the IE dialects.* Esta tesis es la que goza hoy de mayor aceptación: Tovar, A., cf. infra; Calboli, G., *ANRW* 1983, pp.110-131: la posición final del verbo en IE había sido sostenida mucho antes por Wackernagel, «Über ein Gesetz...» 1892. No obstante, también se han propuesto otras reconstrucciones: SVO –Friedrich, *Proto-Indoeuropean...* 1975– e incluso la posibilidad de reconstruir los tres OP –Miller, «Indo-European...» 1975–.

Para establecer la tipología del IE uno de los obstáculos era que las lenguas derivadas, como el latín, el griego o el sánscrito clásico, no correspondían a un mismo tipo, lo que habría de explicarse entendiendo que sólo algunas habían conservado el tipo protoindoeuropeo, mientras las demás representarían evoluciones posteriores. Basándose sobre todo en el OP de las construcciones comparativas en sánscrito e hitita, también en el orden del relativo –situado en posición inicial, lo mismo que la frase relativa también se emplea antepuesta a la principal– y en la presencia de posposiciones, estableció la posible tipología para el IE, hoy generalmente aceptada, OV. Contribuía también a señalar esta tipología el hecho de que en las lenguas derivadas los compuestos de elementos nominal y verbal aparecían muy mayoritariamente con el orden OV –tipo gr. *strategós*, lat. *agricola*– siendo muy escasos los que representaban el OP inverso –que, además, Lehmann consideraba³⁴ que podían ser expresivos, ejemplificándolo con el OP gr. del compuesto *strategós*, opuesto a *Agélaos*–.

También hubo investigaciones en la tipología de la lengua latina, que era otra de las que Greenberg no había estudiado, llegándose a conclusiones divergentes que mostraban la gran dificultad de ubicar el latín en una clasificación determinada.

7.2.2. REVISIÓN DE LA TIPOLOGÍA DEL LATÍN: J. N. ADAMS

En efecto, tomando como punto de partida lo que ya se sabía de las tendencias del OP en latín, de acuerdo con las conclusiones expuestas por Marouzeau, recogidas en lo esencial por los grandes manuales de Gramática latina, es decir, supuesta la tendencia a la colocación del verbo al final de la frase, la tipología más probable del latín habría de ser SOV.

Pero el latín resultaba ser inconsecuente con el resto de los «factores implicados» con esta clase de taxonomía. Por ejemplo, el latín tenía de modo evidente preposiciones. Aparentemente carecía, en cambio, de posposiciones, o bien éstas eran muy escasas. Incluso podía cuestionarse qué era lo que había que entender por posposición, y en qué medida este concepto podía ser equivalente al de «caso». Ello supuso reconsiderar radicalmente la tipología del latín, llegándose a resultados también dispares:

En uno de los estudios más célebres, al que es inexcusable la referencia, el de ADAMS³⁵, se partía de los estudios tipológicos de Greenberg y de Lehmann. De acuerdo con lo establecido especialmente por este último, se llegaba a la conclusión de que el latín correspondía tipológicamente a un tipo –intermedio– entre dos extremos cronológicos –tipológicamente más puros–. Los textos legales y otros, de similar estilo conservador, del período más antiguo ofrecían un OP del tipo OV, mientras que los textos de la antigüedad tardía mostraban, por el contrario, un OP del tipo VO. La conclusión evidente era que el latín había cambiado la tipología, pudiendo ser discutible, a lo sumo, las fechas en las que había ocurrido o al menos en las que se había iniciado el proceso. Así, Lehmann, de acuerdo con la teoría más común sobre el

³⁴ «Proto-indo-european compounds...» 1969.

³⁵ «A Typological Approach...» 1976.

cambio OP, consideraba que el paso OV > VO, teniendo en cuenta los datos de César y de la *Peregrinatio* ofrecidos por Hofmann-Szantyr, p. 403, se había producido en época postclásica. Pero, en cambio, otros factores del mismo proceso general, apuntaba Lehmann, habían evolucionado antes, como, por ejemplo, era el caso de la construcción comparativa, donde el tipo más antiguo *te maior* habría pasado a *maior quam te* desde época clásica.

En esta línea, admitido que los cambios de estructura eran graduales, la conclusión de Adams era que el nuevo ajuste del OP (paso OV > VO) se había iniciado *before the time of early literary texts such as the plays of Plautus* –ib., p. 72–. Para establecer esta conclusión se basaba en los siguientes datos, expuestos aquí de forma muy extractada:

- El OP Genitivo-Nombre (GN) aparece en los dialectos (O.U.) y en un número importante de expresiones del latín arcaico, entre ellas en los patronímicos. Pero otras expresiones de gran antigüedad registran el orden inverso NG –así, *pater familias*, *tribunus plebis*, *mater deum*, *aedes Castoris*, como expresión de antiguas fórmulas de carácter institucional o religioso, conservando incluso la primera de ellas el arcaísmo morfológico–. Esta situación representa dos fases cronológicas o bien un único estadio de lengua siendo GN el OP habitual y NG la variante estilísticamente marcada.

Entre el período arcaico y el tardío la proporción GN/NG es variable entre unos autores y otros, e incluso varía entre las obras de un mismo autor, siendo escasa la preponderancia entre uno u otro OP. Pero, no obstante, Adams considera suficientemente probado, de acuerdo con sus recuentos, que se observa un predominio del OP en el que el genitivo va pospuesto al nombre. En Jerónimo observa, en cambio, gran variación entre la traducción del Antiguo Testamento –predominio NG– y las Cartas –cierto predominio GN–, lo cual se interpreta, en su opinión, como una situación de predominio del OP popular NG, mientras las Cartas, con su OP inverso, expresan un registro diferente: la variante estilística del OP cuidado, frente al popular de la época tardía

- Expresiones comparativas, en las que se da un cambio entre el OP con ablativo comparativo *filio maior* –representa el OP más antiguo– y la construcción, pospuesta, de *quam*, ya a partir de Plauto. Posiblemente esta construcción pospuesta facilita la tendencia desde Plauto a que aparezca también pospuesto el ablativo comparativo, lo que Adams interpreta como una muestra de que la lengua estaba evolucionando por entonces en su OP.

- La anteposición de la oración de relativo, recogida después en la oración principal por un anafórico, es el estadio antiguo en que el relativo precede a su antecedente, acorde con el OP del tipo OV. El cambio de OP –posposición de la oración de relativo– ya está realizado en Plauto, subsistiendo algunos ejemplos esporádicos de la antigua construcción.

- Posposiciones, de mayor uso en el período arcaico.

- La colocación del adjetivo, que para Adams desde los textos más antiguos tiende a aparecer pospuesto, siendo, por tanto, NA el orden básico³⁶ y AN la variante mar-

³⁶ La misma opinión –orden NA– en Szantyr, 406 y 48, sobre el orden originario latino NG. Como se puede apreciar, comparando ésta con la opinión opuesta de Rubio, el orden de los constituyentes en el sintagma nominal es una de las muchas cuestiones abiertas en el OP.

cada, ya que en su opinión, se posponen los adjetivos objetivos y posesivos, y sólo se anteponen los adjetivos subjetivos, que tienen una carga emocional. Este OP habitual NA –acorde con la tipología VO– mostraría un cambio de OP prehistórico AN > NA.

– Los adverbios, que habrían pasado de preceder al verbo a seguirlo ya desde época de Plauto.

– El orden OV del IE se encuentra también en el latín arcaico –compuestos, XII Tablas, *SCBach.*–, mientras VO es el orden habitual del latín tardío. Para Adams el cambio habría ocurrido en época de Plauto, ya que en algunas obras de este autor se nota este predominio VO en oración principal. Ello se debería o bien a que la lengua en su época era ambivalente o bien a que el OP habría cambiado antes en la lengua popular. La preferencia por el OP tipo OV en autores como César, en discursos de Cicerón, etc. se explicaría por tratarse de lengua literaria.

Una reflexión crítica lleva, en primer lugar, a reconocer la importancia de la aportación de Adams en este artículo denso, bien documentado en lo que se refiere a la elección de los textos y autores, que constituye ya un clásico en la bibliografía sobre el OP. Es mérito de Adams haber insistido en que el latín, desde el punto de vista de su tipología, es una lengua de transición entre dos extremos claros OV y VO, representantes del IE y del romance. Y, sobre todo, el haber hecho notar, de forma constante en todos los hechos gramaticales de que se ocupa en este trabajo, aunque en ningún momento se formule de modo expreso, que el cambio de tipología es gradual, sin que una lengua OV < / > VO tenga al mismo tiempo todos los factores implicados en el mismo grado de evolución.

Curiosamente su trabajo muestra cómo en una aplicación estricta de los criterios tipológicos se podía llegar en muchos casos a una conclusión, no ya divergente de la que habían supuesto Marouzeau y Rubio, sino radicalmente opuesta. Así, para el período histórico del latín clásico, donde Rubio –con los precedentes de la Gramática histórica y de Marouzeau– suponía una situación de verbo final, Adams contempla una situación preponderante VO, salvo influjos literarios. Mientras Rubio entendía que el adjetivo y el genitivo precedían al nombre, Adams considera que el orden normal es que lo sigan –en este caso contando él con el apoyo de la Gramática histórica–. Ello se debe, creemos, a que los estudios sobre tipología establecían un único tipo o fórmula de ordenación preponderante de los elementos de una lengua. Cuando aparece, como en la latina clásica, un modelo poco claro, ello indica una fase de transición. Pero entonces puede llegar a ser tan difícil establecer cuál es el modelo preponderante que se pueden llegar a esas conclusiones opuestas a las que aludíamos.

Por otra parte, el problema es similar al que se plantea siguiendo el método de Marouzeau, dado que también partía de una construcción base, que llevaba a explicar las desviaciones como variantes estilísticas. Basta algún ejemplo: después de los estudios filológicos de Linde se admite sin discusión que hay una marcada tendencia a la posición final del verbo en latín en oración subordinada. En el resumen de sus datos, expuesto más arriba, se comprueba que la tendencia a este aumento en subordinada ocurre en todos los autores, con independencia de la época. En oración principal los datos son mucho más variables incluso entre autores coetáneos, como César y Varrón.

A la hora de interpretar los hechos es claro que caben distintas posibilidades. Si se hace un análisis global, es indiscutible la tendencia a la posición final del verbo. A esta conclusión es probablemente a la que se refiere de forma explícita Rubio, cuando afirma («Nuevas Observaciones...» 1992, p. 80): *tras numerosas encuestas encargadas, tiempo ha, a nuestros añorados estudiantes, podemos afirmar que el OP³⁷ en la época áurea...y en sus autores más representativos nunca es inferior al 75% en poesía y alcanza el 90% en prosa*. Pero, si se diferencian los datos de oración principal y subordinada, centrando el estudio en las oraciones principales en los textos de determinados autores, puede llegarse a una conclusión opuesta. Así, Adams fijándose en el OP de varias piezas plautinas observa un cierto predominio, no total (ib., p.94) del orden VO.

En uno y otro caso, lo que no coincide con el criterio de orden establecido pasa a ser considerado excepción o variante estilística o marcada. Así, en el estudio de Rubio («El orden...» 1982, p. 210ss.) cuando el verbo precede se considera –siguiendo un testimonio de Quintiliano de que el verbo que no cierra frase constituye hipérbaton– una muestra de variación estilística, casi siempre un procedimiento para enfatizar o hacer resaltar el contenido verbal. Incluso en algunos casos en que Rubio precisamente ejemplifica con verbos intransitivos, o con imperativos que ya en estudios muy anteriores al suyo se reconocía que tenían una tendencia mayor a encabezar la frase, en todo caso considera que la anteposición del verbo tiene una finalidad estilística. Lo cual no es difícil sospechar que sería difícil de aplicar a cada caso en que se dé la situación descrita durante todo el período clásico.

Por su parte Adams, al admitir que la situación VO empieza a ser la habitual desde la época de Plauto, tiene que explicar, por vía de respeto a la tradición culta literaria, la persistencia en época clásica del OP contrario –prescindiendo además de un dato tan importante como es el de que aparece con mucha mayor generalidad en oración subordinada–. Lo cual es problemático desde varios aspectos, pues si ya en Plauto el OP estaba cambiando, no se comprende bien qué modelos latinos podían haber influido en un autor como Cicerón cuando sigue el antiguo orden OV del IE, heredado por el latín –y, por otra parte, frente a esta especie de arcaísmo, sería también problemático postular un influjo popular modernizador en otras obras en las que Cicerón, según los datos de Linde, no observa tal OP–³⁸.

En los estudios de Rubio y de Adams, la diferencia tan acusada en el punto fundamental –que no es otro que el de establecer la posición del verbo– procede de buscar una respuesta única a unos hechos variados, que son los que aparecen a lo largo de muchos siglos de literatura latina, sin una base filológica firme. Siguiendo a Marrouzeau, el OP o era habitual o estilístico; siguiendo a Greenberg la tipología o era la

³⁷ Es decir, el *ordo rectus* –para este autor, según se ha dicho, el determinante precede y el verbo cierra– del que las desviaciones se consideran estilísticas o meras excepciones.

³⁸ Frente a los datos que ofrece Adams –ib., p. 94– a partir del discurso más antiguo *Rosc. Am.* (sec.1-34), donde el orden OV predomina en proporción 71:3, sin embargo, sorprendentemente, el gran creador de la prosa clásica latina no siempre mantiene una acusada predisposición al OP con verbo en posición final. Según los datos ofrecidos por Linde, en *Inv.* I, 1-22, el V sólo en el 50% de los casos aparece en posición final; aun menos, incluso, en *Rep.* I. 1-32, donde la posición final del V se limita al 35% en or. principal.

habitual o la de un estado de transición. Los autores, atendiendo a unos u otros hechos como fundamentales, explicaban los demás como no normales³⁹.

7.2.3. LA APROXIMACIÓN DE LOS ESTUDIOS DE OP A LA LINGÜÍSTICA GENERAL

También, a partir de las aportaciones de Greenberg, se hacían otros estudios de OP en una línea más próxima a la Lingüística general: si Greenberg había llegado a una reducción del conjunto de las lenguas, hablando en términos generales, a una serialización de sólo tres modelos de OP, existía la tentación de proponer una ulterior reducción. Concretamente si el IE tenía un OP que respondía al primer modelo de los señalados por Greenberg, SOV, y el romance, derivado obviamente del latín, ofrecía el OP del tercer tipo, o sea, SVO, era fácil pensar que ambos representasen dos estadios cronológicos de un mismo OP.

Precisamente en esta línea TOVAR⁴⁰ señalaba que, a partir del antiguo modelo IE, una lengua como el galés había evolucionado desde una fase antigua con verbo al final, a una fase posterior con verbo inicial, representando en esta fase un claro ejemplo de lengua con tipología 1.

Del latín, para el que aceptaba la tipología 3 (SOV), derivaba una lengua como el italiano que representaba la tipología 2 (SVO), pero los rasgos por los que esta lengua se desviaba del tipo 3 la aproximaban al tipo 1 (VSO). Otras lenguas IE –griego moderno, noruego y serbio, que, en términos generales, podían representar, las dos últimas, la situación del germánico y del eslavo– mostraban también una evolución del tipo 3 al 2 (SVO). Por ello proponía la hipótesis de que las lenguas del tipo 2 significasen un modelo tipológico de transición, lo cual incidía en una cuestión de Lingüística general, en el sentido de si podría existir una gran tendencia universal a pasar del tipo SOV al tipo VSO.

3. SOV (IE) → 2. SVO (romance) → 1. VSO (galés y céltico).

Ya antes, y con argumentación distinta, VENNEMANN⁴¹ había señalado la posibilidad del cambio de modelo de OP, precisamente en esta dirección, relacionándolo con el proceso de pérdida de las marcas casuales, que él considera equivalentes a las posiciones: cuando éstas se pierden (el proceso empezaría por la reducción fonológica, originada por la pérdida de *-m* y de *-s*), arrastrarían consigo la pérdida de las distinciones morfológicas, y ello motivaría el cambio de OP. De este modo, en las lenguas en que se pierden las marcas casuales, opera la tendencia a la evolución de SOV > SVO; a la inversa, el paso VO > OV entrañaría la adquisición de casos.

³⁹ Ciertamente ambos autores aceptan que los principios no son válidos para todos los autores. Rubio se refiere sólo a textos de época clásica en sentido lato –pues Tácito es uno de los que utiliza para la documentación de los hechos–, fundamentalmente literarios. Adams, todavía más explícito, menciona y distingue los hechos del latín literario y del latín no literario, considerando que éste está representado no por el OP de Petronio, pero sí, entre otros documentos, por las cartas de Claudio Terenciano –s.II–.

⁴⁰ «Orden de palabras y tipología...» 1978/79.

⁴¹ «Topics, subjects and word orders...» 1973/74.

En el primer caso, que es el que aquí más directamente nos interesa, la argumentación de Vennemann se basa en que, cuando una lengua tiene marcas morfológicas para distinguir S y O, ambos elementos pueden estar juntos, ya que se distinguen por la morfología, de modo que su orden tiende a ser SOV. Pero cuando fallan las marcas morfológicas, si no se desarrolla algún procedimiento para distinguir los dos elementos, asume el papel de diferenciarlos el verbo, situándose en medio de ellos (SVO) y tendiendo a ocupar esta posición de una manera más rígida⁴².

Su punto de partida es la oración simple, en la que establece –y ésta es una de sus importantes aportaciones– una relación sintáctica fundamental en todas las lenguas entre dos elementos: un *operador* (Y) y un *operando* (X) –términos que podemos considerar equivalentes a los más habituales *determinante* y *determinado* en sentido amplio, pues entiende por *operador* el adjetivo u otros determinantes nominales y también el objeto u otros complementos con respecto al verbo; *operando*, el verbo y el nombre con respecto al adjetivo–. Ello implica que el orden del nombre y el adjetivo está íntimamente relacionado con el del verbo y el objeto.

Existen, de acuerdo con ello, dos tipos de lenguas, aquellas cuyo OP es YX (Objeto-verbo, Adjetivo-nombre, Genitivo-nombre, Objeto-desinencia casual equivalente a posposición ...) y lenguas XY (Verbo-objeto, Nombre-Adj., Nombre-Gen., Preposición-objeto). La evolución de un tipo YX al tipo XY comenzaría, según lo dicho, por la pérdida de la posposición o marca casual, que arrastraría al resto de los elementos implicados.

La teoría de Vennemann es conocida como *hipótesis de la erosión fonética*. Su mérito mayor radica en su capacidad de interrelacionar los hechos fonéticos, morfológicos y sintácticos. Se le ha objetado el que no dé cuenta de por qué se perdieron los casos, motivando el cambio de OP si eran, como él afirma, tan importantes como para que su pérdida arrastrase el cambio entero de las estructuras sintácticas de OP. Otras críticas a la hipótesis procedían de la comparación con otras lenguas que no se sometían a la evolución propuesta por él⁴³ y, en línea similar, se objetó también desde terrenos próximos a la Lingüística general el hecho de que existieran lenguas IE y no IE en las que los cambios estructurales que afectan al OP no dependían de hechos morfológicos. Así, se citaban lenguas en las que se había producido el orden SVO, y conservaban, en cambio, con total nitidez las desinencias casuales; y, además, lenguas en las que podía comprobarse cómo la adquisición del orden SVO era anterior a la pérdida de las marcas casuales⁴⁴. Pero, a pesar de estas y otras críticas, la hipótesis de Vennemann tendría repercusiones posteriores como impulsora de las corrientes diacrónicas del OP (cf. epígrafe 9 de esta sección).

⁴² La hipótesis de Vennemann parte del supuesto de que en una lengua OV todo elemento «operador» (o, en otras terminologías, los determinantes) precede al elemento «operando» (o sea, a los determinados). Estas lenguas son «preespecificadoras» o limitativas, es decir, son lenguas en las que tras el verbo no hay complemento. Lehmann aplicándolo al IE señala que el paso de OV > VO obedece a que el verbo se especializa cada vez más para marcar la persona («dominancia subjetiva»), lo que motiva que el complemento se posponga al verbo y que, como correlato, cambie todo el sistema, en un proceso que puede representarse así: OV > SOV > SVO.

⁴³ Fue contestada por ejemplos como el constituido por el chino antiguo, lengua en la que se dio el cambio XY>YX –en la terminología más común VO>OV– sin que se hubiera producido el proceso descrito.

⁴⁴ Bichakjian, B.H., «The evolution of Word Order...» 1987, p. 89, citado por Bauer, B., *The emergence...* 1995, pp. 7-9, quien añade, en la misma línea, el ruso moderno, que conserva el sistema casual a pesar de que su OP habitual es SVO.

7.3. APORTACIONES FILOLÓGICAS EN LA LÍNEA DE TÈSNIERE: LA MONOGRAFÍA DE F. CHARPIN

La obra de F. CHARPIN⁴⁵ se publicó en 1977 –leída como Tesis doctoral en 1975–. Propiamente no es un estudio del OP, sino un trabajo importante, aunque de difícil lectura, dedicado a algo que, aun formulado naturalmente por los hablantes, no existió nunca en la teoría de los gramáticos en la Antigüedad clásica latina: la idea de frase gramatical y la propia noción de sintaxis como contenido teórico.

Para el estudio de la frase gramatical como hecho de performance o de realización, Charpin se enfrenta en muchos lugares con las cuestiones del ordenamiento de las palabras en la frase. Pero es importante señalar que, al no tener como objetivo primordial el OP sino la frase, no es un estudio basado en la bibliografía sobre tipología lingüística. Al margen de ésta, y partiendo de la teoría de Tesnière, ofrece Charpin una exposición sobre el OP, que, curiosamente, se acerca en algunos puntos a las conclusiones a las que se había llegado en los estudios sobre tipología.

Su base filológica está constituida por una muestra de textos cuidadosamente seleccionados en cuanto a su variedad de estilos, géneros y épocas, aunque en un número un tanto escaso, si bien el autor, de acuerdo con datos estadísticos, lo considera suficientemente representativo –ib., pp. 188-194–. Se trata aproximadamente de unas cien frases de cada uno de los siguientes autores y obras: Plauto, *Amph.* 1-184; César, *BG*, I,1-18,3; Cicerón, *Catilinarias*, I,1-6,14; *Correspondencia*, Att. 4,17, ad Q. fr. 3,2; 3,3,1; *Fam.* 7,9; Agustín, *Conf.*, I,1-6,9,2.

En las páginas dedicadas a la organización de las palabras en estas frases –pp. 196-344–, Charpin tiene en cuenta su distribución según sus acentos, estudiando las formas en que contribuyen a delimitar la frase, así como la diferencia rítmica de la frase clásica de ritmo creciente y la tardía de ritmo decreciente. Además, tomando como punto de partida metodológico el concepto de actante de Tesnière, dedica una importante sección de su trabajo –ib., pp. 345-478– a describir el orden de distribución de los actantes en la frase, siendo ésta la parte más importante de su estudio en lo que se refiere al OP. En ella demuestra, por ejemplo, la relación del OP con el número de constituyentes que aparecen en cada frase.

Así, en lo que respecta a la posición del verbo, señala el autor que en las frases con dos constituyentes, el verbo puede estar indiferentemente en primera posición o en segunda⁴⁶, mientras que, a medida que aumenta el número de los actantes en la frase, el verbo tiende a colocarse en las últimas posiciones, especialmente cuando se trata de frases dependientes.

⁴⁵ *L'idée de phrase grammaticale...* 1977.

⁴⁶ Sin embargo, los datos que ofrece Charpin sobre la primera o segunda posición del verbo, no avalan exactamente su afirmación –ib., p. 400–: 25% y 75% en Plauto, 37% y 62% en César, 57% y 35% en la primera Catilinaria, 42% y 57% en la Correspondencia y 80% y 17% en S. Agustín. Como se ve por los mismos datos que ofrece, la tendencia del verbo es ocupar la posición final. Precisamente no la ocupa en la misma medida en Cicerón, donde los porcentajes se asemejan en la Correspondencia y en S. Agustín, es decir, en textos de cuño coloquial y tardío, siendo aquí el dato curioso la preponderancia de la posición inicial del verbo en la primera Catilinaria, obra en la que me atrevo a suponer que quizás sea el tono fuertemente emotivo, con la correspondiente mayor frecuencia de imperativos, lo que puede haber contribuido a esta mayor propensión.

De forma similar ocurre con respecto a la posición del sujeto: el primer actante tiende a aparecer en primera posición en frases de dos constituyentes, pero, cuando el número de actantes aumenta a tres, puede aparecer en primera o en tercera –no en segunda posición, salvo en S. Agustín–; en cambio, cuando hay cuatro actantes, suele aparecer en primera posición.

La posición del segundo actante es uno de los puntos más llamativos de este estudio, pues, de acuerdo con Charpin, mientras la posición del verbo y del sujeto parecen estar condicionadas por el número de los actantes –y, por lo tanto, la posición del sujeto no depende de la del verbo ni viceversa, lo que constituye un dato de gran importancia– el objeto es el único actante cuya situación está condicionada por la posición del verbo. En efecto, establece con carácter general el principio de que entre el verbo y el objeto, o en su terminología entre el cuarto y el segundo actante, no puede haber más de un constituyente flexivo, entendiendo éste por su función, lo cual quiere decir que tanto puede tratarse de una palabra flexiva, como de una frase subordinada. Así, el modelo sería el ejemplo de *Cat.* 1,1, citado por él –p. 415–

-4-decrevit -5-quondam -1-senatus -2-uti L. Opimius consul videret....

Este principio general que el autor comprueba incluso en otros textos, además de aquellos en los que basa su estudio, conoce, no obstante, excepciones –¡42 en el *Pro Milone!*– y aunque se cumple cuando el objeto es un infinitivo⁴⁷, sin embargo no muestra un grado elevado de cumplimiento cuando se trata de algún sintagma roto.

Otras apreciaciones sobre la tendencia a la mayor contigüidad de los adverbios en -e: o en -ter, con respecto al constituyente al que modifican, frente a la mayor distancia en que cabe encontrar los tipos no derivativos –iam, satis, etc.– muestra que la morfología tiene también relación con el OP. Especialmente la tiene en otra de las advertencias importantes de Charpin, como es la de haber observado que los autores latinos tratan de establecer una diferenciación máxima entre las desinencias casuales que afectan a dos constituyentes contiguos para delimitarlos con precisión, evitando las formas homónimas entre constituyentes distintos, lo cual conllevaría que fuese inaceptable un enunciado tipo *crescit spes plures dies*: la homonimia sólo se admite entre elementos de un mismo constituyente –*quibus rebus adductus*–.

Quizás es el punto de partida sobre qué significa el OP en latín uno de los aspectos más discutibles de este estudio. Charpin insiste en un aspecto que es fácil compartir, como el de que en el OP no hay oposiciones como las morfológicas, sino que afectan a la presentación del mensaje. En cambio, otras afirmaciones suyas son más discutibles⁴⁸, especialmente, cuando niega, ib., p. 353, cualquier carácter sintáctico al OP: *En effet, rien ne permet d'affirmer que la syntaxe impose un rangement des mots en Latin!*.

⁴⁷ Dato de importancia que habría que relacionar con la opacidad de la oración de infinitivo –Calboli, G., «Die Entwicklung...» 1983, pp. 120ss.– y su resolución posterior por sintagmas completivos conjuncionales pospuestos al verbo.

⁴⁸ Así en pp. 348ss: *Il en va tout autrement lorsqu'il s'agit d'ordre des mots. Entre les séquences ABC, CBA, BAC... il n'a pas d'opposition morphologique; les morphèmes sont les mêmes, le rapport syntaxique entre les divers éléments de l'énoncé est identique dans un cas comme dans l'autre.*

Por otra parte, al efectuar un estudio estadístico sobre el conjunto de los textos señalados y al referir muchas veces las conclusiones a todos ellos, como muestra de la situación general del latín, a veces se echa de menos alguna apreciación a las diferencias de época y de registro más culto o más popular de los textos en los que se basa, sobre todo porque éstas son claras en los distintos cuadros que ofrece y porque el autor reconoce precisamente, a nivel teórico general, la diferencia entre la tipología de la frase clásica y la tardía –cf. supra n. 46–. Pero ello no obsta para que se reconozca el mérito debido a uno de los trabajos filológicos más detenidos sobre la frase gramatical y sus diferentes implicaciones –también prosódicas y morfológicas– con el OP (restricciones del número de constituyentes, de movilidad del Objeto; contrastes morfológicos, juego de sintagmas, de volúmenes de palabras al ocupar los más extensos las posiciones marginales⁴⁹, y, en suma, reducción del número matemáticamente posible de posiciones de los constituyentes a un número real limitado⁵⁰).

7.4. ALGUNAS APORTACIONES FILOLÓGICAS EN LA DÉCADA DE LOS -80

Las investigaciones sobre el OP, incluso en las lenguas habladas actualmente, ofrecían graves divergencias de interpretación, hasta el punto de que, en un estudio sobre el OP en español, su autora, Heles Contreras⁵¹ afirmaba que *el orden de palabras ha resistido hasta el momento todo intento de explicación satisfactoria*. También en las lenguas antiguas la disparidad de resultados a los que, por ejemplo, llegaba en su trabajo Adams con respecto a Rubio, tenía un efecto desconcertante. Algunos autores (SEGURA⁵²), en una posición escéptica sobre los hallazgos a los que se había llegado en el OP, sugerían investigar en nuevas líneas, cuales podían ser las de comprobar la distancia máxima que podían alcanzar las disyunciones; subrayaba el citado autor la necesidad de tener en cuenta el problema de las fuentes –escritas– para hacernos una idea del latín hablado⁵³, y, ade-

⁴⁹ A diferencia del latín familiar y tardío, en los que se encuentran frases cuyos constituyentes tienen la misma longitud, esta estructura, si no hay especiales razones expresivas, es extremadamente rara en la prosa clásica, en la que la frase se caracteriza por la distinta dimensión de sus elementos –como también por la no linealidad de su sintaxis–. Por ello, *la longueur des constituants est un facteur important de leur distribution à l'intérieur de la phrase* –ib., p. 404 ss.–.

⁵⁰ Los datos son elocuentes. Así –ib., pp. 428ss.–, cuando la frase tiene dos constituyentes se registran todas las combinaciones, cuando tiene tres, de las 63 posibles aparecen 32; siendo cuatro los constituyentes, de las 292 teóricas aparecen 58; con cinco, de 1045 se realizan 29. En cuanto al orden y estructura, en las de 3 constituyentes, el verbo en latín clásico suele ocupar la posición final o medial; las de 4 comparten esa tendencia y también tienen en común con las de 3 el no empezar casi nunca por el objeto, y menos por el complemento indirecto –hago notar que este dato casi con seguridad cambiaría en otro tipo de textos, por ejemplo, en inscripciones, en las que el Dativo inicial es bastante reiterado–, mostrando una fuerte tendencia a evitar la sucesión de 1-2/2-1 (Sujeto y Objeto) en final de frase. En las de 5, suele iniciar un circunstancial o el sujeto, rara vez el objeto o el verbo, casi nunca cierra el sujeto, sino otro circunstancial, ya que sirven para situar en una circunstancia a los demás actantes.

⁵¹ *El orden de palabras...* 1978, p.13.

⁵² «Notas sobre el orden de palabras...» 1979-1980.

⁵³ *Lo que nos queda es lo suficientemente literario en general, para que su lejanía del latín hablado sea quizá excesiva* –ib., p. 126–. Sin embargo, aplicando esa misma razón, no podría intentar hacerse ningún estudio sobre la lengua hablada antigua.

más, recomendaba observar un amplio número de factores diferentes que podían incidir en el OP: las funciones del lenguaje, la diferencia entre diversos géneros literarios, las clases de oraciones, los estudios sobre hipérbaton y las investigaciones sobre lingüística general, pero, sobre todo, debía partirse de *analizar sistemáticamente palabra tras palabra...una obra completa y seguida de un autor* –ib., p. 129–, para observar si había unas leyes relacionadas con la buena comprensión y la relatividad del OP.

En este artículo metodológico, la crítica al método de estudio del OP se centra en los resultados, es decir, en la falta de resultados exactos o, al menos, fiables. Pero eso se debe a las características del método o más exactamente a su punto de partida, ya que al aceptar de entrada la existencia de un orden básico y otro orden diferente –estilístico, etc.– es comprensible que distintos autores hayan creído ver el OP básico en alguno de los que ofrecían los textos.

Por la misma época, PERROT publicaba también un artículo sobre la necesidad de aplicar un método preciso al OP. Su punto de partida era el duro juicio de que a pesar de los cuatro volúmenes que un autor como Marouzeau había dedicado al OP, *le problème d'une description linguistique de ce type de faits semble bien demeurer à peu près entier* –ib., p. 17–. Sólo reconocía la aportación de Marouzeau en el sintagma nominal –tendencia a la anteposición del adjetivo calificativo y a la posposición del discriminativo⁵⁴–; en el resto, su estudio, según su opinión, apenas tocaba aspectos de la estructura de la lengua y había quedado circunscrito al terreno de la estilística.

Su propuesta era, por el contrario, aplicar al estudio del OP un método nuevo, inspirado en los principios generales del análisis lingüístico, que consistiría, en primer lugar, en establecer las estructuras informativas en todas las lenguas, los mecanismos de cómo se establece la información, y, después, cómo se insertan esas estructuras informativas en las estructuras sintácticas de una lengua determinada. Así, un enunciado que representa una unidad del discurso –*utterance*, en la terminología de F. Danes– es el punto de partida, y ya no la palabra aislada o el sintagma. El análisis de ese enunciado se realiza a tres niveles: gramatical, semántico y temático/contextual. La jerarquía de los tres niveles, es, aceptando la indicada por Danes, la informativa, la semántica y la gramatical. Podríamos decir, de acuerdo con ello, que la gramática se pliega o se hace flexible a la organización del mensaje, a la manera de cómo se quiera transmitir una información; ésta obedece a tendencias lingüísticas generales que pueden manifestarse con un carácter particular en las distintas lenguas. El ejemplo *John hates Mary* muestra, según Danes, un orden neutro, ya que coincide el OP sintáctico del inglés (SVO), el semántico (agente, acción, objeto de la acción) y el informativo (tópico: *John*, comentario: *hates Mary*). Si, en otra situación, se quiere presentar a *Mary* como tópico, una de las soluciones posibles es la de cambiar la sintaxis con una conversión a pasiva (*Mary is hated by John*). Los estudios en esta línea, como luego se verá más detenidamente al tratar de las aplicaciones de la lingüística pragmática al latín, suelen partir de la misma consideración que

⁵⁴ Precisamente en el sintagma nominal es donde podía aparecer el carácter sintáctico, significativo del OP –la diferencia de significado entre *praetor urbanus/urbanus praetor*–, mientras que en los demás casos, las oposiciones de OP no eran significativas, sino contrastivas –a nivel de presentación del mensaje–, ib., p. 22.

formula Perrot en este trabajo –ib., p. 21–: que en latín, gracias al papel de los casos, del verbo y de las preposiciones, el OP está «libre de cualquier función sintáctica», por lo que obedecerá más a los contenidos informativos. En el estudio del OP, pues, se tenderá a diferenciar el nivel sintáctico, el semántico y el temático-contextual que opone tópico y comentario.

En una dirección diferente, de carácter filológico, también se percibía que las conclusiones opuestas a las que se podía llegar para establecer el OP del latín, era posible que obedecieran a que sólo se contaba con el bagaje de un material filológico insuficientemente examinado, pues los estudios anteriores sólo rara vez se habían ocupado de los tres elementos en que descansaba la fórmula tipológica, mientras que, por el contrario, habían prestado en la oración –no en el grupo nominal– una atención escrupulosa, pero casi exclusiva, a la posición del verbo. Se imponían nuevos recuentos de hechos de OP efectuados sobre los textos latinos.

A un ambiente como el descrito responden algunas de las principales aportaciones de esta década, de cariz fundamentalmente filológico, en las que se observó el OP en inscripciones jurídicas arcaicas (ALVAREZ PEDROSA⁵⁵), en una selección de Terencio (MORENO⁵⁶), en algún discurso de Cicerón –*Pro Milone*– y en libros aislados de César (PANCHON⁵⁷).

También hubo trabajos en los que se consideró el OP en textos de cuño más coloquial y en otros tardíos (HINOJO⁵⁸); en los primeros, representados por el Satiricón, se contemplaba una situación común con la de los textos de época clásica en lo que respecta a la posiciones relativas OV⁵⁹, cuyos porcentajes se ofrecen en el cuadro expuesto más abajo, señalando el autor que este orden se mantenía incluso en la Cena, considerada habitualmente como una muestra más próxima a la lengua coloquial de la época, en la que sólo algunos capítulos ofrecían un escaso predominio del OP del

⁵⁵ «Estudio comparado del orden...» 1988.

⁵⁶ «Tipología lingüística...» 1987/1989. En este trabajo se parte de una selección que comprende los vv. 1-500 de las piezas *An.*, *Eu.*, *Ph.*; para el relativo y el comparativo la revisión es completa. Son datos de importancia, entre otros: el relativo precede al antecedente en un 24,6% y sigue en un 69,2% (cifras similares a las de Plauto, que muestran la misma tendencia a la posposición del relativo), orden GN, salvo los partitivos dependientes de pronombres neutros y anteposición constante del genitivo del relativo. Respecto al adjetivo, orden con posposición del posesivo, favorecido por la métrica, en lo demás *la anteposición se constata en Terencio como orden básico, aunque hay frecuentes inversiones* –ib., p.526, sin cifras–.

⁵⁷ «Orden de palabras...» 1986. En este trabajo se recoge la doctrina de Greenberg, pero no se aplica de forma sistemática a la ordenación SOV. El autor, aunque considera que es esa la tipología de la lengua latina en César y Cicerón, recoge los datos porcentuales limitados al verbo en posición final (73% en César y 54% en Cicerón; los porcentajes aumentan en subordinada), señalando por este dato la presencia de la tipología OV, que se corrobora con el predominio en ambos del orden AN. Es interesante su observación de que GN y NG aparecen en situación de equilibrio, con un ligero predominio del orden NG en César, mientras, en cambio, en ambos autores se registra la tendencia a preceder del genitivo cuando se trata de los pronombres.

⁵⁸ «El orden de palabras en el Satiricón...» 1985; «El orden de palabras en Egeria...» 1986. Aparte de los datos aquí resumidos, el autor señala también la mayor frecuencia del verbo en posición final en las oraciones subordinadas, que alcanza el 82% en Petronio, y, lo que es más sorprendente como tendencia a la perduración de este orden, el que también en la *Peregrinatio* el 80% de las oraciones OV sean subordinadas.

⁵⁹ No así en los grupos nominales, en los que el OP predominante es NG, especialmente en la Cena.

tipo VO.⁶⁰ Cuando el autor analizaba por separado el OP de las distintas partes de esta obra, encontraba que en las partes más retóricas –así en los cuatro primeros capítulos– el OP se aproximaba en su tendencia OV (81,7%) a las cifras de César; del mismo modo, el orden AN adquiría, fuera de la Cena, en los poemas y parlamentos cultos un porcentaje en torno al 80%, mientras GN/NG ofrecían unas proporciones similares, salvo en la Cena. En lo que respecta al OP predominante de Egeria era ya el romance SVO, si bien se advertía que este orden «no es común a otros testimonios latinos tardíos» –ib., p.87–.

En todos estos estudios, tanto en los efectuados sobre textos del latín arcaico o clásico, como en los realizados sobre el latín tardío, se citaban sin excepción los trabajos de Greenberg, tomados como punto de partida de las nuevas investigaciones, se atendía a los constituyentes tipológicos (SVO, GN, AN, or. de relativo y correlativas; en ocasiones, Adv., V) y se mostraba con datos numéricos que el latín arcaico y el clásico respondían, incluso en los autores como Petronio, que son tenidos como fuente del latín vulgar, más bien a una tipología SOV, apareciendo la contraria SVO en autores más tardíos –Egeria– de forma muy clara, si bien Adams, también había registrado ésta en Plauto.

El resumen de los datos porcentuales que se ofrecen en estos trabajos –expuestos aquí conjuntamente de acuerdo con el cuadro que hemos elaborado a partir de los datos ofrecidos en ellos– es el siguiente⁶¹:

	(3) SOV	(2) SVO	OSV	OVS	(1) VSO	VOS
<i>Lex XII Tab.</i>	100%	—	—	—	—	—
Terencio	67%					
Petronio	46%	19%	15%	6%	6%	6%
Egeria	19,8%	40%	6,4%	2,95%	17,6%	13,25%

Si se quiere hacer una valoración crítica de qué aportaron los estudios filológicos de la década de los -80, es innegable que su mayor aportación al OP consistió en haber añadido pruebas, por un análisis más detenido de los textos, a la importante afir-

⁶⁰ Los caps. 32,52,36,77 que, curiosamente, no son los que pertenecen al habla de las personas más incul-tas. En todo caso, el OP de la Cena se aproxima en estos elementos al Lat. clásico, si bien se distingue de éste aproximándose al del romance en la colocación del genitivo (NG) y del adjetivo (NA), aunque el predominio no es acusado –ib., p. 251–.

⁶¹ No se ofrecen más datos que los de la situación SOV en el estudio sobre Terencio. Puede ser ilustrativo añadir los que ofrece Koll, H.G., «Zur Stellung des Verbs...» 1965, si bien su trabajo reposa en una antología de pasajes de diversos autores de diferentes épocas. Se presentan según el esquema simplificado reelaborado por Pinkster, «Evidence for SVO...» 1991, p. 72.

	SOV	SVO	OSV	OVS	VSO	VOS
Vitruvio (I,1-4)	7	4	2	1	—	—
Celso (1-6)	51	4	6	15	—	7
<i>Passio Ss. Scilit.</i>	1	1	—	—	—	—
Vulgata	15	8	—	—	—	—

mación de los estudios precedentes sobre la coherencia tipológica de la lengua y, por tanto, del OP –en parte, ya había sido intuída por Marouzeau y Rubio, pero la formulación explícita vino de mano de los estudios de tipología que sucedieron a Greenberg y a Adams–. Los estudios de esta corriente ya no se limitaban a observar como elementos aislados, sino en relación mútua, el adjetivo y el genitivo; se añadían otros elementos, como las correlaciones y la oración de relativo, y, en la posición del verbo, ya no se hacían observaciones sobre su posición absoluta, sino que se analizaba su orden con relación al sujeto y al objeto.

Si se quiere buscar algún inconveniente, quizás se encuentra en la presentación de la mayor parte de estos trabajos, un detalle que puede parecer de mínima importancia, pero que puede tomarse en consideración. En los artículos citados predomina la exposición de los datos porcentuales muy por encima de la exposición de los textos. Sus autores ofrecen las conclusiones de sus trabajos, pero sólo muy pocos ejemplos del material del que las extraen. Movidos por un propósito de brevedad muestran la parte más difícil de su investigación, pero el lector no puede entonces contrastar algunos datos de interés. Por ejemplo, cuando se habla de orden SOV –y sería extensible a cualquier otra tipología– no sabemos en qué casos el verbo está en posición final absoluta, cómo se interpretan las recciones, en qué medida se cuentan los sujetos o los objetos que están representados por infinitivos o por oraciones e incluso, aunque no afecte al fin que se proponen estudiar, cuál es la distancia y los complementos incrustados que hay entre ellos.

Si se examina el esquema general, aquí elaborado con el conjunto de los datos sobre el OP, puede observarse a simple vista el cambio de tipología o abandono progresivo del tipo SOV y, de otra parte, si se añaden los datos de Adams –citados más arriba, aunque no incluidos en el cuadro, por atender sólo a los dos elementos VO– también se puede ver cómo el cambio tipológico ocurre antes en autores de géneros populares, como Plauto.

También es verdad que, si se compara con el primer cuadro, elaborado a partir de los datos de Linde, puede afirmarse que los estudios de tipología supusieron un avance cierto por haber advertido la coherencia de la lengua. A efectos del OP las comprobaciones filológicas confirmaron, señalando diferentes matizaciones, la situación establecida ya antes, en los estudios de tipología. De los diferentes OP que se contemplaban desde la perspectiva tipológica, sólo dos tenían verbo final (SOV y OSV) siendo el último citado –como precisamente había demostrado Greenberg– muy minoritario. Lo mismo ocurre entre las tipologías con verbo medial (SVO), en las que también el OP alternativo (OVS) –que implica también la anteposición del objeto con respecto al sujeto, frente al primer universal formulado por este autor– es un orden poco frecuente.

7.5. EN LA DÉCADA DE LOS -90

Sin renunciar a las aportaciones de la tipología ni de la estadística, pero todavía con una orientación más decidida por la comprobación filológica de los datos, se en-

cuentran los trabajos de C. CABRILLANA LEAL⁶² y de N. LISON HUGUET⁶³. Ambos, realizados como Tesis doctorales, merecen una consideración particular, entre otros aspectos, por el gran número de datos de prosistas clásicos, sometidos a examen con la ayuda que para ello prestaba –y presta– el desarrollo de la informática.

Es éste el caso del trabajo de Lisón en el que se utilizaban 4500 ejemplos de construcciones de adjetivo y de genitivo de textos de Cicerón (*De Oratore*), Livio (1.22-26) y Séneca (*ad Lucilium*, I-V).

En el examen de las construcciones de adjetivo, el autor señala, para todos ellos en bloque, una ligera preponderancia del OP tipo AN. Pero, además, para realizar un cómputo más exacto, parte de la clasificación de los adjetivos aceptando, en principio, la división de Marouzeau entre calificativos o subjetivos y determinativos u objetivos –equiparables varios de ellos con los que no admiten grados de comparación–, mostrando que los primeros presentan el orden AN, de forma muy marcada en el caso de los comparativos y superlativos (70%/80%) –pero con excepciones, como el caso de *humanus* en Livio y Séneca, habitualmente pospuesto–; en general, se confirman las conclusiones de Marouzeau de la tendencia a la anteposición de los que indican dimensión, cualidad o defecto. Por el contrario, los adjetivos objetivos que precisan una clase concreta o indican composición material, suelen aparecer con un OP del tipo NA. En este último subgrupo hay también excepciones, que o bien se producen sólo en algunos autores –*aureus, forensis, militaris, publicus...*– o bien aparecen con carácter más amplio, como las expresiones temporales *hodierno (crastino) die*, habitualmente en el orden AN frente a lo que sería esperado.

En los sintagmas con determinantes, que se distinguen en este estudio de las construcciones con los adjetivos propiamente dichos por carecer de sus connotaciones semánticas, se subraya la fuerte tendencia a la anteposición de los numerales, demostrativos –con excepción de *ipse*, que tiende a ir pospuesto, especialmente cuando acompaña a otro demostrativo o a un pronombre personal, alcanzando los demostrativos, aun con esta excepción, el 90% de la ordenación AN– e indefinidos, mientras que los posesivos se inclinan por la posposición.

La colocación del genitivo con respecto al nombre es uno de los puntos más controvertidos del OP del latín, dado que las estadísticas parciales efectuadas parecen apuntar a una incómoda igualdad de los dos OP posibles, siendo esta misma situación la detectada en este estudio. El autor parte del aislamiento de las fórmulas fijas, para ver si influyen en otras construcciones por analogía contribuyendo así a establecer unas tendencias de OP, en línea similar a lo que ya había sugerido Neubourg⁶⁴ a propósito de la influencia de la analogía en el OP. Así, *magister equitum* habría podido actuar sobre el OP de *magister morum*, *magister sacrorum*. Aísla también los ejemplos de cada uno de los autores en los que se advierten tendencias a la repetición de los términos en el mismo orden, de donde resulta una mayor propensión al orden NG (59,7% en Cice-

⁶² *Orden de palabras en Cic., Ad Atticum, I...* 1991.

⁶³ *Orden de palabras en grupos nominales...* 1996 y posteriormente, Univ. de Zaragoza, *El orden de palabras...* 2001. Salvo advertencia en contrario, nuestras referencias atañen al primer trabajo citado.

⁶⁴ «Sur le caractère...» 1977, pp. 210-211.

rón y 52,3% en Livio respectivamente). Por lo demás, de acuerdo con el aspecto semántico, los genitivos que se refieren a nombres propios de persona y ciudad alternan el OP, mientras en los de referencia colectiva –gentilicios tipo *Aetolorum*...– el OP predominante es NG, a la inversa de lo que ocurre en la mayoría de las expresiones de filiación (GN). A diferencia de esta insegura casuística, el autor corrobora el predominio del orden NG en las expresiones partitivas.

En el trabajo de CABRILLANA el propósito es el análisis del primer libro de las cartas a Ático desde diversos puntos de vista: sintáctico, semántico y pragmático, y su respectiva interrelación; junto a ellos se atiende también al factor estilístico, que suele influir en varios de los otros niveles⁶⁵. El enfoque de este estudio contempla el OP, de acuerdo con la bibliografía más novedosa, desde el punto de vista de las posiciones relativas de los constituyentes y la tendencia a la anteposición o posposición de unos con relación a los otros. Se trata, por lo tanto, no ya de ver en qué lugar se sitúan S,V,O,OI ..., sino en qué medida la presencia de la totalidad de los elementos o de alguno de ellos condiciona el OP, catalizándolo o no, con respecto a lo que pueden considerarse sus posiciones absolutas.

En la parte dedicada al OP desde el punto de vista sintáctico, se advierte la tendencia a la colocación del sujeto en posición inicial. Con respecto al verbo, en oración principal, los porcentajes en posición final y no final son similares, siendo especialmente frecuente la posición no final del verbo cuando éste es copulativo; en oración subordinada, se encuentra el predominio esperable del verbo en posición final. En lo que respecta al objeto, tiende también a anteponerse al verbo, de modo que la lengua del texto estudiado, al tener tendencias SV y OV, ofrece, como consecuencia de ellas, una inclinación general al orden SOV –en torno al 53,64%–. A su vez, el predicado nominal tiende a situarse antes del verbo y detrás del sujeto, por lo que no obsta, sino que contribuye a la tendencia general.

Estas conclusiones se complementan con las que la autora alcanza cuando, además de SOV, existen otros complementos, especialmente en presencia de dativo, ya que entonces el texto estudiado corrobora en cierto modo las conclusiones de ELERICK⁶⁶, mostrando que también aparece el orden SDOV, incluso con más rigidez que el orden SOV, por lo que entonces el dativo puede ser un elemento catalizador del OP. Se precisa, en cambio, en este estudio, que la tendencia más clara es la anteposición del dativo al verbo (DV).

En otros aspectos, se confirma la tendencia a la anteposición del adverbio al verbo, la del AN –especialmente en ablativo y, en general, cuando se trata de demostrativos e indefinidos–, el equilibrio de los dos órdenes GN/NG, y la anteposición de la preposición a su régimen.

Dentro de las ordenaciones semánticas, destaca la anteposición de los complementos que incluyen referencias a personas sobre los de cosa, la tendencia a anteponer los complementos de tiempo y ubicación, causa y comitativo, frente a la predisposición inversa de los de dirección e instrumento; pero, en su interrelación con la

⁶⁵ «Notas sobre el orden...» 1979-1980. Asimismo en *Habis* I, 1993 y II, 1994, por los que, en lo sucesivo se cita, salvo referencia expresa.

⁶⁶ «Latin as an SDOV Language...» 1990. El autor considera que de ello se deduce que el latín tiene un orden SOV.

sintaxis, se reconoce que los constituyentes semánticos se presentan con una movilidad grande: no influye apenas la semántica en la tendencia a la colocación inicial del sujeto y, con respecto a los complementos de manera, relación y origen, no se advierten preferencias.

En el análisis pragmático se señala la tendencia a la colocación inicial o «hacia la izquierda» de los elementos temáticos –o tópico–, siendo los remáticos –o pertenecientes al foco– los que se colocan después. En la interrelación de las funciones pragmáticas con las sintácticas, se muestra una tendencia muy mayoritaria a que se correspondan los elementos con función sintáctica de sujeto y función pragmática de tópico, así como los elementos con función de foco tienden a corresponderse sintácticamente con el grupo del predicado. Dicho de otro modo, el S tiende a ser tópico, mientras OV/VO tienden a ser foco, lo que se podría resumir –«Notas sobre...», p. 237– en la siguiente gráfica:

S-OV → Tópico-Foco

S-VO → Tp-F

O-S-V → F-Tp-F

8. LINGÜÍSTICA PRAGMÁTICA Y OP

Uno de los puntos de partida es el entronque con las corrientes psicológicas del lenguaje que, como se ha visto, tuvieron especial auge a partir de mediados del s.XIX. Representantes muy cualificados de aquella tendencia fueron, como ya se ha visto, Von der Gabelentz y Weil. De su revitalización por parte de la lingüística Pragmática da cuenta la reedición del trabajo de Weil sobre el OP, cuando habían transcurrido más de cien años desde la edición anterior y, sobre todo, el nuevo uso de los términos más importantes de esta escuela, empezando por el de «comunicación», utilizado por gran parte de las escuelas postestructurales como parte del concepto y definición de la lengua.

Los estructuralistas habían definido la lengua de una forma esencialista, de modo que al calificarla como «un sistema de signos» se venía a hacer caer la atención en el propio sistema que constituía la esencia de la definición, como si se define un reloj diciendo que es un conjunto de piezas engranadas. Para las corrientes posteriores al estructuralismo, la lengua no se define por su propia esencia, sino que se considera por su finalidad más importante: pasa a ser un instrumento de comunicación, lo mismo que, continuando el ejemplo anterior, el reloj podría ser definido como un instrumento para medir el tiempo.

En la descripción del acto de la comunicación habían afirmado los psicólogos que se distinguían dos partes: un punto de partida en la primera y una meta del discurso en la segunda, donde se concentraba el grueso de la comunicación; así lo había indicado Weil. Otros –Von der Gabelentz 1875– en la misma línea de señalar los condicionamientos psicológicos del proceso de comunicación que afectaban al OP, observaban que éste se atenía a la disposición: sujeto psicológico, o bien lógico, seguido de predicado psicológico, de modo que el sujeto (psico)lógico se coloca al ini-

cio de la frase, siendo ésta concluida posteriormente por el predicado, de acuerdo con los moldes lógicos –sujeto gramatical, en ocasiones enfatizado por anafórico: Hofmann, cf. supra– o contraviniéndolos –sujeto psicológico–.

En el desarrollo ulterior de esta teoría siguió utilizándose de forma más matizada la idea de que la comunicación y el OP respondían a una bipolaridad⁶⁷: tópico y comentario (Hockett 1963), o bien tema y rema (Panhuis 1982), o tópico y foco (Pinkster 1991)⁶⁸.

El primero de los teóricos aquí citados, Hockett, señaló que el *tópico* o *tema* correspondía al sujeto gramatical o psicológico y el *comentario* al predicado (porque es aquello que se comenta o predica del sujeto) de forma que el OP se articulaba según el esquema *tópico–comentario*, o, lo que es lo mismo, Sujeto-Predicado, orden que se observaba en la mayor parte de las lenguas de Europa⁶⁹ y, en especial, en checo –precisamente en la Nueva escuela de Praga fue donde la teoría tuvo mayor acogida–. Naturalmente esto era así en una situación declarativa, neutra, porque en una situación emotiva –y en algunas lenguas en una modalidad interrogativa– el orden solía ser el contrario.

En la década de los 60 y de los 70 FIRBAS precisó la teoría del orden de palabras desarrollando la tesis de la *perspectiva funcional de la frase* (FSP)⁷⁰. Utilizaba los términos *tema* y *rema* para evitar connotaciones psicológicas, pero partía del mismo principio de la comunicación como un proceso dinámico en el que el hablante envía al oyente la información progresivamente, de forma que, a nivel de oración, los primeros elementos dan menos información que los siguientes.

Utilizando su terminología, no todos los elementos de la frase contribuyen de la misma manera al progreso de la comunicación, sino que cada elemento tiene un grado diferente de dinamismo comunicativo (CD), entendiendo por CD el alcance con el que cada elemento de la frase contribuye al desarrollo de la comunicación. Así, el primer segmento que envía el hablante/escritor al oyente/lector es el *tema propio*, que se caracteriza porque tiene el grado más bajo de dinamismo comunicativo, simplemente empuja hacia adelante la comunicación, pues suele ser algo ya conocido. Le sigue el *tema*, que también tiene poco dinamismo comunicativo, porque es algo también ya conocido o algo que puede inferirse del contexto verbal o situacional. A éste sigue ya el *rema*, con un contenido alto de información, que puede ir seguido, a su vez, del *rema propio*, es decir, de un elemento con un dinamismo comunicativo todavía mayor.

⁶⁷ En su concreción práctica se señalaba que el primer elemento podía ser un término muy general, que no tenía por qué ser el sujeto, sino, por el contrario, podía ser un elemento poco informativo, como un verbo existencial o determinados adverbios. Eso conllevaba reservar el elemento más importante informativamente para la segunda parte (por ej.: «érase una vez.../...un príncipe»).

⁶⁸ Otras denominaciones y amplia bibliografía en Welte, W., *Lingüística...* 1985, pp. 610-611; s.v. «tema».

⁶⁹ Estos puntos se planteaban, pues, como universales de forma menos o más confesada (Von der Gabelentz, Hockett), mientras que otros lingüistas señalaban que el principio del orden se cumplía en mayor o menor medida según las lenguas, y no en todas (Firbas, cuya teoría ofrecemos muy brevemente partiendo de los datos de Panhuis).

⁷⁰ Por *perspectiva funcional de la frase* se entiende, en suma, la organización de las oraciones en información conocida/información nueva (o bien, tema/rema).

El esquema ideal o la perspectiva de una oración declarativa sería:

Tp – T – Transición – R – Rp.

Esto constituiría el orden comunicativo no marcado o básico en un esquema ideal, porque Firbas contempla la posibilidad de que un elemento, por razón de una dependencia contextual, quede «desdinamizado» (si está previsto por el contexto); en ese caso, puede pasar a ocupar la posición propia de *tema*.

Pero, además, Firbas iniciaba un camino importante al intentar precisar qué clases de palabras por su contenido semántico estaban predestinadas, o, mejor dicho, orientadas a ocupar un determinado lugar en la oración. Con este propósito señalaba que el pronombre personal, los posesivos, demostrativos, reflexivos, el relativo y el artículo tendían a ser *temas*. El sujeto también tendía a ser *tema*, porque suele ser menos importante que la acción que expresa el verbo. Pero si el verbo no expresa acción porque es un verbo existencial, entonces, el sujeto atrae más la atención, tendiendo a convertirse en *rema* y a situarse después, tal como ya habían afirmado los psicólogos.

A su vez, el objeto (o, en su caso, el predicado nominal), por ser una amplificación del verbo transitivo que el verbo necesita para que la oración tenga sentido, es más significativo, más remático, por lo que tiende a ir detrás; del mismo modo, si el verbo es de movimiento, también van detrás los complementos que indican el término del movimiento.

Y, además, Firbas reconocía que el OP comunicativo podía estar interferido por razones prosódicas, y reconocía, además, que no en todas las lenguas funcionaba con el mismo alto grado de cumplimiento que en checo, y que podía estar también interferido por razones sintácticas, dado que el orden gramatical podía no coincidir con el orden comunicativo (caso, por ejemplo, del alemán, debido a la posición final del verbo). Pero, en cualquier caso, lo más importante es que se establecían los pilares de un nuevo enfoque de los estudios sobre OP desde el punto de vista comunicativo y no sintáctico. Asimismo, la Nueva escuela de Praga y los estudios posteriores en la corriente de la lingüística Pragmática subrayaron el valor del contexto, dándole nueva revitalización, de forma que pasaba a ser un elemento decisor para comprobar el nivel informativo de cada constituyente de la frase, estableciéndose el principio del grado de *independencia contextual*: el elemento que se infiere del contexto es menos informativo y, por lo tanto, se sitúa delante⁷¹.

⁷¹ Parte de la lingüística generativa y transformacional acepta la distribución básica tema/remas o tópico-comentario, generalmente sin admitir un elemento de transición. Además, para dar reglas más explícitas intentan formalizar las ideas de la perspectiva funcional de la frase, elaborando una jerarquía semántica de los elementos «el orden semántico de los participantes». Según Panhuis –ib., 1982 pp. 19ss.– la empresa tiene varias dificultades; una de ellas es que no contempla la totalidad de los fenómenos de orden y, además, establece un orden distinto en cada lengua, lo cual va contra la idea de «universal» que, de acuerdo con su teoría, debería tener este principio binario de OP. Así, en checo, se establece la jerarquía: actor – tiempo – lugar – modo – instrumento – dativo – objeto acerca del cual – objetivo (*patients*) – dirección – complemento objetivo – condición, intención, causa. En castellano la jerarquía de elementos remáticos, establecida por H. Contreras, es la siguiente: 1/ Instrumento y modo, tiempo fuerte y lugar adverbial; 2/ Objetivo; 3/ Complemento, fuente, situación, tiempo, beneficiario...; 4/ Paciente; 5/ Agente, causa, poseedor; 6/Tiempo débil y situación adverbial.

8.1. APLICACIONES DE LA TEORÍA PRAGMÁTICA AL OP DEL LATÍN

8.1.1. LA TEORÍA DE PERSPECTIVA FUNCIONAL DE LA ORACIÓN DE LA NUEVA ESCUELA DE PRAGA. LA APLICACIÓN DE PANHUIS

La teoría de la perspectiva funcional de la oración, asumida por la lingüística Pragmática, fue aplicada al latín en el estudio de D.G.J. PANHUIS⁷². De acuerdo con su línea metodológica, el punto de partida es el carácter informativo de la comunicación y la valoración del contexto, tanto verbal como situacional. El OP se estudia a nivel de oración, en ejemplos de varios constituyentes, pero no se reduce a una visión horizontal de los elementos que integran la frase, sino que es una visión vertical del texto, en un contexto que puede ser muy amplio –sobre todo el contexto previo–. Además, se presta cierta atención a la estructura semántica de los constituyentes –a la que también se podría aplicar aquello de «los elementos *light* a la izquierda y los pesados a la derecha»– y se advierte que las conclusiones que quepa extraer del OP en la modalidad declarativa no son extrapolables al correspondiente OP en un contexto emotivo. Al contrario, de acuerdo con las bases psicologistas de estas teorías, en un contexto situacional de emotividad, el OP debe experimentar fuertes alteraciones.

Estos principios se aplicaron de un modo sistemático a Plauto y a César, como representantes de dos registros diferentes dentro del latín, el coloquial y el literario. Pero no a una obra entera, sino sólo a las frases de varios constituyentes de la estructura «alguien da/recibe dinero a/de alguien» (en Plauto) y «alguien envía legados a alguien» (en César); fuera de esto sólo se han examinado algunos pasajes de textos legales arcaicos (Panhuis, 82 y 84⁷³).

Por otra parte, en los trabajos de Pinkster, como luego se indica, se documenta la teoría mediante frases aisladas, generalmente oraciones cortas de poca subordinación, procedentes de algunos autores de diferentes épocas: el camino de esta línea de investigación ofrece conclusiones de importancia.

Comenzando por examinar los trabajos de Panhuis y, concretamente, por aquellos en los que estudia el OP en Plauto, el primer texto importante, aducido con el propósito de mostrar el orden que hay entre Verbo y Objeto, es el de la primera oración condicional de *Most.* 670-672:

TR: *Siquidem tu argentum reddituru's, tum bona
Si redditurus non es, non emit bona.*

De acuerdo con los principios de esta teoría, hay que acudir al contexto anterior, donde se comprueba que se está hablando de dinero: de una cantidad de minas que se deben (el hijo) por la supuesta compra de una casa. Por lo tanto, en esta frase, como ya se ha hablado de dinero, *argentum* es el *tema*, un elemento poco informativo. La

⁷² *The communicative perspective...* 1982.

⁷³ Su trabajo del año 1984 se puede resumir en una razonada respuesta negativa a la pregunta que formula en el título «Is Latin an SOV Language?...», op.cit.

cuestión más importante, desde el punto de vista de la comunicación, es si el padre va a pagar o no: luego, *redditurus* es el *rema*. A su vez, *tu*, de acuerdo con la clase de palabras de los pronombres a la que corresponde, es también temático⁷⁴.

De esta forma, después de un análisis similar de diecisiete pasajes de Plauto, Panhuis concluye que el OP entre el Objeto y el Verbo no obedece a una relación sintáctica, ni a una tendencia de colocación de las palabras distinta a la dimensión pragmática, tema/remata.

El autor ofrece, además, en la misma línea, el análisis de algunos textos legales que, de acuerdo con la interpretación tradicional, ya comentada, se caracterizan por alta frecuencia con la que aparece el verbo en posición final –Alvarez Pedrosa, cf. supra–. Para el autor, se trata en realidad de una estrategia pragmática. Así en *CIL*, I, 2, 366

Honce loucom ne quis violatod...

«Este bosque que nadie lo profane...».

Loucom es el tema –como nuevamente lo indica el contexto en el que se inscribe esta medida legal– tanto de este pasaje como de los siguientes, que giran en torno a las medidas de protección del bosque. Lo que se dice del bosque es que nadie lo profane: *violatod* es, por tanto, el rema.

En el mismo texto legal, poco más adelante, se añade:

Seiquis scies violasit dolo malo, lovei bovid piaculum datod...

Violasit ahora da menos información porque ya fue mencionado antes; en este texto se ha convertido en un elemento temático, mientras que el elemento remático ahora es *dolo malo*, que restringe el significado de *violassit* y se sitúa al final como corresponde al rema. Este pasaje, sería, por otra parte, un ejemplo de cómo en los textos legales la estrategia comunicativa del discurso es más fuerte que la tendencia a poner el verbo al final en esta clase de documentos.

César es un autor poco cómodo en esta teoría. De acuerdo con los datos de Linde, ya citados, «es un fanático del verbo en posición final», aunque no siempre. Por ejemplo, cuando inicia un período con un verbo existencial o intransitivo, como en *BG*. 1, 9, 1

Relinquebatur una per Sequanos via

«Quedaba un sólo camino (bordeando los Sécuanos)...» .

⁷⁴ En el ejemplo siguiente, también acudiendo al contexto previo, se observa que se está hablando de un abrigo que Menecmo había regalado a su amada y que ha desaparecido. Ella enfadada le pide el dinero:

Pl. *Men.*, 694

Nisi feres argentum, frustra's; me ductare non potes

El carácter temático de la forma verbal *feres* se muestra nuevamente por el contexto anterior, en el que se menciona que antes ya le había llevado un regalo. Lo importante es que ahora tiene que llevar el dinero: *argentum*, por lo tanto, se constituye en rema, comunicativamente importante, y, por eso, situado al final.

Como ya se sabía, la información de estos verbos presentativos es mínima, por lo que el sujeto tiende entonces a la posposición. De esta forma, este tipo de pasajes constituye un buen argumento a favor de la teoría: el verbo poco informativo es el tema y se sitúa al principio; la información está en el complemento –que, en este caso, no es otro que el sujeto–; éste se sitúa detrás, convertido en rema, de modo que se comprueba el orden tema-remata.

Los pasajes incómodos son aquéllos en los que el verbo está al final, que son mayoría. El modelo que se ha investigado es el tipo «alguien envía legados a alguien»: *aliquis legatos ad aliquem mittit*, donde invariablemente el verbo aparece en posición final. Panhuis concluye entonces que el verbo está neutralizado desde el punto de vista del dinamismo comunicativo, ya que no tiene movilidad, por lo que, en su análisis, prescinde de él.

Probablemente éste es uno de los puntos más débiles de su argumentación, pues si alguien se pregunta por qué razón renuncia César al uso de los verbos con valor comunicativo y los sitúa al final de la oración, la respuesta es que lo hace por mera convención literaria, artificiosa –naturalmente, no demostrada–. El orden que se examina entonces en este modelo de «enviar legados» es el de los demás constituyentes, que pueden estar representados por el pasaje correspondiente a BG.1,13,2

Helvetii... legatos ad eum mittunt

El autor hace observar que en un número considerable de frases con esta estructura se mantiene precisamente este OP en los tres constituyentes nucleares de la oración, o sea, Sujeto-Objeto-Dirección, o, en términos de la correspondiente jerarquía semántica, el orden *es agente-punto de meta u objeto y complemento de dirección*. El agente es entonces el tema (de quien se dice algo); los demás elementos son de carácter remático y entre los dos es más remático el segundo que el primero. De esta manera, Panhuis infiere que el orden tema-remata está condicionado en César por la jerarquía semántica de los elementos constituyentes de la oración⁷⁵.

Son más curiosas las oraciones en las que se incorporan a estos tres constituyentes nucleares otros constituyentes periféricos u opcionales (los complementos circunstanciales en la terminología todavía más usual). Dichos constituyentes periféricos son elementos sintácticos que tienen en principio gran movilidad en su situación en la frase, precisamente por su carácter sintácticamente marginal; el que sean marginales y se puedan mover hace que puedan tener un dinamismo comunicativo muy alto o muy bajo. En los ejemplos de César, Panhuis observa entonces que los constituyentes marginales que significan *lugar, tiempo, consecuencia* se sitúan delante: tienen carácter temático. En cambio, los que significan *intención, finalidad, modo*, etc., tienen carácter remático y se sitúan detrás. Un ejemplo de este tipo sería:

Qua re nuntiata Pirustae legatos ad eum mittunt qui doceant nihil ... factum ... «Al anunciarse este extremo (ablativo y, por lo tanto, constituyente marginal que indica

⁷⁵ Salvo el condicionamiento esporádico de factores contextuales, como en Caes. BG, 1, 26, 6.

el tiempo o las circunstancias bajo las que se produce el envío de la embajada) los Pirustas (sujeto– agente, temático) le envían legados (objeto, elemento remático) a él (objetivo de la acción, elemento aún más remático) para que le informen (finalidad: elemento marginal remático situado al final)»⁷⁶.

En suma, el OP de César, que podría representar el del latín clásico, sería, de acuerdo con esta hipótesis⁷⁷, tema-remata seguidos de verbo final neutralizado, y con una jerarquía de elementos, de modo que el tema está formado por el primer constituyente obligatorio (o sea, el agente [=suj.]) y, de los constituyentes marginales, por los que expresan tiempo, lugar y circunstancias. En cambio, forman parte del remata el segundo y el tercer constituyente obligatorio (o sea el objetivo y el de dirección) y, de los constituyentes marginales, los que indican propósito, finalidad y modo.

Al hacer una valoración crítica, son hallazgos importantes de este enfoque pragmático los siguientes: el haber mostrado que el cambio de orden VO/OV en *algunos* pasajes de Plauto puede obedecer a un principio de estrategia comunicativa. Pero, no obstante, deberían haberse tenido en cuenta también los condicionamientos métricos, que apenas se mencionan en el estudio de Panhuis, y que, obviamente, influyen en el OP de algunos pasajes. Si se observa el primero de los ejemplos aquí citados (*Siquidem tu argentum reddituru's, tum bona / Si redditurus non es, non emit bona*) el OP ...*emit bona* (VO) posiblemente obedece a que proporciona la cláusula idónea del senario yámbico (algo que el OP opuesto: *bona emit*, no hubiera podido proporcionar).

También es importante el haber subrayado el papel que desempeña la jerarquía semántica de los términos en el OP de algunos pasajes de César (alrededor de veinte de esa estructura, cita Panhuis).⁷⁸

⁷⁶ También en el ejemplo siguiente se halla la misma estructura: al principio, los elementos temáticos (*Caesar* –agente– *acceptis litteris* –circunstancia o tiempo «tras recibir una carta» –*circiter*...-tiempo–); al final, los elementos remáticos, también perfectamente jerarquizados en orden semántico, de forma que los que concretan o reducen más la acción se sitúan después de otros términos más amplios y más generales: *Caes., BG.5.46.1*

Caesar acceptis litteris hora circiter undecima diei statim nuntium in Bellovacos ad M. Crassum quaestorem mittit.

Puede observarse en la traducción que apenas hay que alterar el OP, salvo para la sucesión OV: «César, al recibir una carta, aproximadamente a la hora undécima del día (y lo mismo entre los elementos remáticos) [envió] un mensajero a los belóvacos, al pretor Marco Craso»... Ello se debe a que se da una coincidencia entre la jerarquía semántica del latín y la del castellano.

⁷⁷ Panhuis, pp. 127-131.

⁷⁸ También Panhuis registra casos en que el OP no obedece a razones de perspectiva comunicativa, sino que tiene un condicionamiento sintáctico. Por ejemplo, es sintáctico (para evitar ambigüedad) el tratar de no «empotrar» o incrustar una oración subordinada que indique propósito o fin dentro de otra, sino que la oración subordinada final sigue a la principal, mientras que una frase –sin verbo en forma personal– puede incrustarse en otra sin afectar a la correcta inteligibilidad; así, *legatos ad Caesarem de deditione mittunt; legatos ad eum pacis petendae causa mittunt*; pero, en cambio, *BG. 5, 1-67 legatos ad eum mittunt, qui doceant*. Esta tendencia a evitar «oraciones empotradas» se da en general en el lenguaje que no busca a propósito la complejidad –recuérdese al respecto la ya citada advertencia de Calboli a propósito de las zonas de opacidad–. Un ejemplo de esa complejidad –con aliteración– como efecto buscado es el de *Ov. Trist. 1, 1, 18: Si quis qui quid agam forte requirat erit*.

Sin embargo, hay algún punto débil, que afecta a esta concepción del OP en su conjunto. Probablemente al partir de la idea de que la información es progresiva y además continua, sin vacíos, de forma que todos los elementos tienen un dinamismo comunicativo mayor o menor, ocurre a veces que hay dos elementos con relación semántica o sintáctica y uno se anticipa (cf., en la relación de ejemplos aquí expuesta, *Honce loucom ne quis violatod. Seiquis scies violasit dolo malo, Iovei bovid piaculum datod...*). Resulta entonces poco convincente afirmar que *violasit* es el tema y *dolo malo* el rema, porque *scies* «a sabiendas», «conscientemente» es tan remático como *dolo malo* y, en cambio, va delante.⁷⁹

8.1.2. LA TEORÍA DE PINKSTER

Dificultades probablemente similares de aplicación a los textos llevaron a reorientar esta teoría de la perspectiva comunicativa de la mano de PINKSTER, que la formula de manera diferente.

En *Sintaxis y Semántica* –la ed. española que aquí se toma como referencia lleva fecha de 1995, siendo una traducción y ampliación de la versión inglesa de 1990– se dedica un capítulo extenso al OP –pp. 211-243–. Esta primera característica externa no deja de ser llamativa, ya que supone dedicar al OP un número de páginas solo un poco menor al que ocupa el tratamiento conjunto de los casos y de las preposiciones en el mismo manual –pp. 48-88–. Además, curiosamente, hay muy pocas referencias de un capítulo al otro, lo que subraya la independencia en la concepción de ambos por parte del autor. Como últimos aspectos dentro de estas características externas, en este capítulo, en varias ocasiones, se insiste en la falta de investigación sobre este tema⁸⁰ y, dentro del estilo poco polémico y todavía menos dogmático que caracteriza el manual de Pinkster, se subraya explícitamente a propósito del OP: *este capítulo ha de ser necesariamente provisional* –p. 211–.

En las primeras consideraciones de este capítulo se repasan algunos condicionamientos del OP: la clase de palabras –que propicia un OP determinado para ciertos adverbios y conectores–, el número y la estructura interna –o complejidad– de los constituyentes, y el carácter de oración principal o subordinada (el autor advierte, por lo demás, que no hay datos sobre la incidencia de la entonación y que *una investigación más detallada habrá de mostrar ...en qué medida desempeñan algún papel los factores sintácticos* –p. 214–). Con respecto a la influencia de la estructura interna de los constituyentes, recuerda, por ejemplo, que es una tendencia del latín, señalada por las gramáticas, la diferente situación de los diversos giros de finalidad, que pueden preceder al verbo finito, frente a la colocación pospuesta de los que tienen la categoría sintáctica de oraciones, como es el caso de la oración final encabezada por *ut*. De manera similar ocurre entre las oraciones de infinitivo y las corres-

⁷⁹ Una crítica a esta teoría, basada en otras consideraciones, en Pinkster, H., *Sintaxis...* 1995 (=1990), p. 236.

⁸⁰ Así, ya desde el mismo comienzo, se advierte que *la investigación sobre el orden de palabras está aún relativamente poco desarrollada* –ib., p. 211–; se señala la carencia y necesidad de nuevas investigaciones en pp. 212, 214, 219, n.11, y en pp. 231, 236, 240 y 243, entre otras que no hayamos advertido.

pondientes con *ut*, así como con algunos tipos complejos de oraciones de relativo, que, en general, suelen preceder al verbo finito. Dicho comportamiento prueba que el latín responde a la tendencia general de las lenguas a situar los constituyentes de la frase de acuerdo con su complejidad, pero sin que ello pueda aplicarse de una manera automática.

Más notable, en estas primeras consideraciones del análisis de Pinkster, es su interpretación sobre la frecuencia de verbos finales en oraciones subordinadas. A pesar de que, de acuerdo con los datos conocidos ya desde el primer cuarto de siglo por los estudios de Linde, el mayor número de verbos en posición final es un hecho que no parece que pueda ser fácilmente rebatido, Pinkster minimiza el alcance de las cifras limitando la demostración a César y evitando reconocer la relación directa entre oración subordinada y la situación de los verbos en posición final⁸¹. Al contrario, trata en el mismo apartado la tendencia a utilizar el verbo en posición inicial en oraciones imperativas y concesivas, señalando en nota que la mayor propensión del verbo a la posición final en las subordinadas puede depender de algo tan obvio como el que la posición inicial en este tipo de oraciones no esté disponible. Sin embargo, el hecho de que estas oraciones comiencen efectivamente por un elemento subordinante no es causa suficiente para explicar la cifra de verbos en esta posición, si hay otras disponibles, como habitualmente ocurre.

Su visión del OP se ofrece a nivel de oración y a nivel del sintagma nominal. En la oración, las primeras posiciones las ocupan los conectores *–enim–*, adverbios anafóricos *–ideo, autem–*, pronombres relativo e interrogativo, constituyentes tema –o distintos encabezamientos de frase que anuncian el contenido de que se va a tratar–. Pero, sobre todo, está reservada para el constituyente *tópico* –o para un elemento en contraste o foco contrastivo– que puede coincidir, aunque no siempre, con el Sujeto. Esta tendencia, se esquematiza en la primera regla (ib., pp. 228-229): la frase comienza por un conector (con) que la liga al contexto anterior; la posición privilegiada (P1) se reserva para el tópico:

Regla 1: (con) P1 (con) {Pred., arg., sat.}

La última posición de la frase es menos clara, ya que coexisten dos factores: la tendencia, contrastada por los hechos, a que la ocupe el verbo finito y cierta tendencia a que la ocupe otro constituyente más informativo o *foco*, pues el verbo no siempre posee este carácter, ni tampoco hay siempre foco al final de la frase. Pinkster, ana-

⁸¹ Con relación a las oraciones subordinadas esto [la situación del verbo] es menos claro. Para la obra de César se ha demostrado que en las oraciones subordinadas los verbos finitos se sitúan al final incluso con más frecuencia que en las oraciones principales, pero se trata meramente de una diferencia de grado. También en otros autores se ha descubierto una pequeña diferencia que no tiene por qué estar relacionada necesariamente con la diferencia or. principal/ or. subordinada –ib., p. 217–. La diferencia, sin embargo, no sólo no es pequeña, sino mayor que la que ofrecen los recuentos de César. Así, según los datos de Linde, la distribución el V final en César aumenta entre or. pral/ subordinada del 84% al 93%, pero el incremento es todavía mayor en autores como Cicerón (*Rep.* I. 1-32) 35%/61%, Livio (XXX, 30-45) 63%/79% y Tácito (*Germ.* 1-37) 64%/86%. Cf. supra otros datos porcentuales extraídos de este estudio.

lizando el orden de los constituyentes de oraciones simples con un predicado de dos posiciones, detecta un OP básico, representado por la sucesión siguiente: Sujeto-Objeto o bien otro Complemento-Verbo finito. Se formula así la regla 2: (con)-(S)-(sat)O/C-(sat)-VF (en oraciones con Sujeto, Objeto o Complemento y Verbo finito, tiende a aparecer el orden: S O/C V). Registra además el autor una serie de desviaciones al orden normal explicables pragmáticamente. Los satélites (sat) pueden aparecer de hecho en cualquier lugar entre el primer argumento y el verbo finito y el OI, en frases con otro tipo de predicados, puede aparecer antes o después del directo, P1 se reserva para el primer argumento si está explícito, que suele ser tópico, sin que sea claro que la última posición de la oración se reserve siempre para el foco. Se formula así, de acuerdo con las dos anteriores, la regla 3:

(con) P1 (con)-(arg.1)-(sat.)-arg.2-(sat.)-VF

Puede advertirse que este último esquema de Pinkster se aparta muy poco de la fórmula tradicional (S)OV, al dejar los argumentos pragmáticos para la interpretación de las excepciones frente al orden básico. Parte de estas oraciones se explicarían por la sucesión tópico/foco, que, en cambio, no sería aplicable a las frases presentativas, iniciadas por verbo intransitivo, en las que todo es nuevo y donde el S, generalmente más informativo que el V, se sitúa al final.

En una publicación algo posterior (1991) Pinkster abordaba nuevamente y de una forma más radical la cuestión del OP. El título de su contribución a una publicación colectiva sobre *Latín y lenguas romances en la temprana Edad Media* («Evidence for SVO in Latin?») expresa, como mínimo, un gran escepticismo sobre el modelo SVO, que se considera base de derivación del OP romance, ya que el autor, que se pregunta sobre su existencia, responderá negándola al menos, antes del s. V.

La tesis contenida en esta publicación es que hay pocas pruebas de que el latín clásico hubiera tenido un orden básico SOV observando las numerosas excepciones a este OP: verbos iniciales en oraciones presentativas, imperativas; posibilidad de moción de los constituyentes por razones pragmáticas o de énfasis, que pueden desplazar al S de su primera plaza o bien –si el elemento o término es más informativo– al V de la última, que supuestamente ocupa. Incluso el testimonio de Quintiliano sobre la conveniencia de concluir las frases con verbo, podría interpretarse, de acuerdo con Pinkster, como una mera normativa de aplicación retórica. Y, por otra parte, de los cómputos previamente realizados sobre las preferencias de un determinado OP en los distintos autores, resultaba que había grandes diferencias entre ellos, pero, además, que ninguna tipología de OP estaba excluida en latín, sino que, por el contrario, se documentaban todos los posibles esquemas de orden entre S,O y V, de lo cual se podía concluir *once more, the data do not suggest a syntactic basic order* –ib., p.72–.

De forma más explícita, Pinkster concluía que ni había base para defender la existencia de un OP tipo SOV en latín clásico (los datos estadísticos sobre la fuerte incidencia del verbo en posición final podían ser, a lo sumo, válidos para César; en los demás autores no habían sido bien comprendidos, quizás por no haber tenido en cuenta el concepto de predicado complejo con el valor de unidad pragmática) ni tampoco un

orden SVO hasta el s.V. El OP del latín debía estudiarse, aceptando el influjo de factores cualitativos, desde una perspectiva pragmática, análisis que aplicaba a una serie de pasajes aislados de autores de distintas épocas. Entre ellos, el correspondiente a Cicerón, *Att.* 1.5.8.

Quintum fratrem cotidie expectamus...

«A mi hermano Quinto lo esperamos todos los días»

...Terentia magnos articularum dolores habet

«Terencia tiene fuertes dolores reumáticos»

En las dos frases hay un orden similar ya que el O precede al V, sin embargo desde el punto de vista comunicativo son diferentes: *Quintum fratrem*, lo mismo que *Terentia* son los familiares más directos de Cicerón, bien conocidos de Ático. Desde la perspectiva de este análisis, son elementos temáticos y, por lo tanto, se sitúan al comienzo (lo cual parece que es casi una regla en la correspondencia de Cicerón, en la que se ha observado que los mensajes conclusivos sobre sus familiares suelen ir encabezados por el nombre de la persona).

En el primero de estos textos *expectamus* es el elemento más informativo, o sea el *foco*. En cambio, en el segundo, *habet*, por la propia amplitud semántica del verbo *habeo*, no es *foco*. El elemento focal, informativo, es *magnos articularum dolores habet*: objeto y verbo constituyen así una unidad pragmática; se trata de un predicado complejo en el que el núcleo tiene poca capacidad para ser focalizado.

Esto mismo puede ocurrir con otros verbos transitivos como *agere*, *gerere* y, en general, en los de significado más amplio. Para Pinkster podría estar aquí la clave del porqué César y otros prosistas aparecen en las estadísticas sobre OP con un porcentaje elevado de verbos en posición final. En su opinión, el latín es una lengua tipológicamente *inconsistente*, sin que haya un OP preciso en el mismo autor y sin que exista tampoco ninguna prueba de que el latín clásico haya sido una lengua caracterizada por la situación final del verbo (SOV) ni existan pruebas de que el latín tardío haya tenido un OP caracterizado por la posición medial del verbo (SVO). También este modelo de OP puede responder a otras causas, como Pinkster señala en el siguiente pasaje de Egeria, *Per.* 1,1

Locum ubi... montes... faciebant vallem infinitam, ingens, planissima et valde pulchram et trans vallem apparebat mons sanctus Dei Syna

El texto en cuestión prácticamente se inicia con una frase relativa en la que el foco o elemento más informativo es la descripción del valle (*infinitam, ingens, planissima...*). En la oración siguiente *vallem* es, en cambio, temático, como se muestra por el hecho de que ya había sido mencionado antes. El foco es, entonces, *mons sanctus Dei Syna*.

Es curioso notar que Pinkster elige precisamente un pasaje donde los dos verbos están en posición medial y el S en inicial, o *–mons–* en final, como es frecuente en Egeria por el uso de verbos presentativos para describir las novedades de su viaje. Ello subraya que la posición de los distintos constituyentes depende sólo de un principio informativo.

9. NUEVA LINGÜÍSTICA DIACRÓNICA Y OP

El trabajo de BAUER (1995)⁸² no es sólo un estudio tipológico, como pudiera parecer por su título, sino que está realizado en la línea de la nueva lingüística diacrónica, basándose en el método de la lingüística generativa, pero utilizando además conceptos psicolingüísticos hasta rozar con el límite de la biología, pues se estima que los hechos o, más exactamente, las evoluciones lingüísticas, (S)OV > (S)VO, que se documentan en IE y otras lenguas y se consideran universales, podrían obedecer a una tendencia general genética o biológica. Asimismo, Bauer incorpora al inicio de su obra, ib., p. VII, la idea de Meillet de que del IE al latín y del latín a las lenguas romances actuales no hay dos desarrollos sucesivos, sino uno solo continuo, de forma que el francés prosigue procesos iniciados en el protoindoeuropeo; en definitiva, se acepta, como punto de partida, la continuidad del cambio lingüístico. Conviene destacar que éste y, en menor medida, los trabajos previos en esta línea diacrónica pertenecen al reducido grupo de los estudios sobre el OP en los que se aborda la cuestión de fondo, que generalmente se soslaya en los demás, a saber por qué razón cambió el OP del latín clásico al romance.

El nuevo OP, expresado por la autora en términos de lingüística generativa, se describe como un cambio de una organización latina de «ramificación a la izquierda» *–left branched (LB)–* a una organización romance de «ramificación a la derecha» *–right branched (RB)–*, utilizando expresiones de Chomsky, lo que, traducido a una terminología más habitual, quiere decir que el OP pasa de tener los complementos precediendo al núcleo o al verbo a organizarlos de forma inversa en el romance, donde los complementos van detrás, refiriéndose tal cambio de OP tanto a las oraciones, como a sintagmas o a palabras. Con ello se indica que el cambio de OP afecta de forma solidaria, aunque sea con distinto grado o en distinta época, a las estructuras morfológicas y a las sintácticas, tal como se señala en el ejemplo que la autora indica:

[[*exercitum*] *duxit*] → [[*il conduisit* [*l'armée*]]
 2 1 → 1 2

[[*can*]-*ibus*] → [*aux*][*chiens*]
 2 1 → 1 2

Por otra parte, las estructuras que diacrónicamente cambian desplazándose «a la derecha» no lo hacen todas al mismo tiempo. El genitivo, por ejemplo, según Bauer, tiene como OP dominante no marcado la anteposición: el orden GN del IE, que se mantiene en osco-umbro y latín, especialmente cuando la palabra en genitivo es un pronombre. A lo largo de la historia del latín se registra la evolución GN>NG duran-

⁸² *The Emergence and Development of SVO...* (revisión de la tesis doctoral, leída en la Universidad de Nimega –1993– bajo la dirección de B. Bichakjian).

te un largo período de tiempo desde el latín arcaico hasta el latín vulgar y tardío, en el que el OP no marcado es ya la posposición del genitivo⁸³.

Con respecto a la situación del adjetivo, se acepta en líneas generales para el latín clásico la distinción de Marouzeau –preceden los determinantes y el adjetivo descriptivo o subjetivo, mientras que se pospone el distintivo u objetivo, pudiendo alterarse la situación por razones de énfasis–.

La frase verbal se considera caracterizada, también aceptando la tesis de Marouzeau⁸⁴, por la presencia del verbo al final, situación heredada del IE que representaría en latín clásico un autor como César, cuya marcada tendencia a la colocación del verbo en posición final de la frase se correspondería con el propósito de dar un carácter objetivo a una obra en la que el autor, para subrayarlo, se refiere a sí mismo en tercera persona. El declive de este OP en su paso a SVO como orden no marcado es mucho menos evidente en oración subordinada y, dentro de ellas, es más resistente el modelo de OP en oraciones encabezadas por relativo o por conjunciones⁸⁵. La lentitud del proceso se advierte porque ya en el latín de época clásica hay más ejemplos, según la autora, de SVO que en el latín arcaico, al tiempo que el verbo en posición inicial va perdiendo el carácter enfático que tenía en esta situación en latín clásico, convirtiéndose en un instrumento de carácter narrativo en el latín tardío, muy frecuente tras oraciones subordinadas o expresiones adverbiales, tal como continúa en francés antiguo.

Otros datos, en la misma línea de los examinados por Adams, como el cambio en la oración comparativa o en la de relativo, subrayarían este mismo paso de una lengua LB a otra del tipo RB, disposición ésta que ya contenía la frase preposicional, si bien menciona los residuos arcaicos de posposiciones.

Para Bauer, aunque el cambio de OP no se realiza en todas las estructuras gramaticales al mismo tiempo y es más lento en elementos morfológicos como el adverbio o el futuro –sin que se pueda establecer por cuál de las estructuras comenzó el cambio de *branching*–, en todo caso se trata de un desarrollo unidireccional y universal, que, por lo tanto, es la causa que precede al desarrollo de las perífrasis⁸⁶ y a la fijación rígida del OP en las lenguas derivadas, explicándose por diferentes causas algunas evoluciones retrógradas en las lenguas IE dentro de la evolución general del paso de OV > VO, pues se considera cosa probada que la evolución contraria, VO > OV, no existe –y en los casos en que existe, se interpreta como una evolución motivada por algún factor externo–.

⁸³ Según la autora, in *French, finally, the RB (right branched) analytic form introduced by «de» eventually became the only construction; this change achieved the shift toward right branching. The shift from left to right branching on the syntactic level was, therefore, a Latin phenomenon, whereas the choice of «de» was a French accomplishment* –ib., pp. 64-65–.

⁸⁴ *L'ordre des mots..., II. Le verbe...* 1938.

⁸⁵ Se acepta la hipótesis de Perrochat, P., «Sur un principe...» 1926, con respecto a la incidencia del tipo de subordinada en la posición final del verbo.

⁸⁶ En la misma línea defendida en el manual clásico de Bourciez, E., *Éléments...* 1967, p. 30, cf. n. 88.

Este estudio está enfocado desde la perspectiva de la nueva Lingüística diacrónica, heredera en algunos puntos, como éste, de la antigua. Una de las cuestiones que se abordaba en los viejos manuales de signo historicista era la ventaja de un OP sobre el otro. Así, en el manual de Grandgent &50 el capítulo sobre el OP comienza con la afirmación de que *el orden románico de las palabras es más simple y racional que el que regía en el latín clásico... Las construcciones más irracionales del latín clásico eran seguramente artificiales, y no propias del lenguaje cotidiano... El orden moderno es el más lógico, procediendo de lo conocido a lo desconocido... Este cambio constituye un progreso en el lenguaje; todos los pueblos cultos lo han realizado. Es indígena en el latín, no imitado del griego, que, independientemente efectuó la misma transformación.*

Las ideas recogidas en el manual de Grandgent son, como puede observarse, próximas a las defendidas por Bauer. Sin embargo, Grandgent no llega a establecer razones lingüísticas –nótese su empleo de términos como *orden moderno, lógico, progreso, pueblos cultos* etc.– para explicar la evolución del OP. Entre la vieja lingüística histórica y la nueva otros métodos, como el estructural, habían insistido en las razones de mayor facilidad o mínimo esfuerzo para explicar las razones del cambio lingüístico. En el estudio de Bauer el cambio del OP se considera precisamente motivado, entre otras, por estas razones de simplicidad. Su principal argumento para demostrar la mayor sencillez del nuevo OP se basa en los paralelismos de la lengua infantil.

A partir, pues, del principio de la evolución universal de las lenguas hacia el modelo *right branching*, la autora considera la mayor simplicidad del modelo comparando el grado de desarrollo alcanzado en la adquisición de los dos modelos de OP en el lenguaje infantil en diferentes lenguas. De acuerdo con las investigaciones psicolingüísticas sobre adquisición del lenguaje, se acepta que el nuevo orden (S)VO *right branched* (RB), lo mismo que su opuesto, se adquiere con una rapidez similar por parte de los primeros usuarios cuando se trata de estructuras sencillas; pero, en cambio, hay una gran diferencia en la facilidad y en la profundidad del aprendizaje cuando se trata de adquirir estructuras sintácticas complejas. Entonces, las lenguas con OP del tipo RB permiten niveles mucho mayores de rapidez en el aprendizaje y de claridad sintáctica, especialmente si ocurre, como se testimonia en las lenguas IE, que por razones de sincretismo u otras, los finales de caso no sean perfectamente claros.

Estas ventajas lingüísticas estarían en la base del cambio de OP, sin que sea actualmente factible resolver la cuestión de si, siendo un principio universal la tendencia a convertir el tipo LB>RB, existe algún determinismo genético impulsor del cambio en esta dirección, que se supone en este estudio que es la única en la que está documentado. A su vez, la inexistencia de lenguas en las que se pueda documentar el cambio en sentido contrario (OV>VO) invalidaría la teoría de Vennemann⁸⁷ sobre el carácter cíclico del cambio de OP. Por otra parte, las ventajas lingüísticas apuntadas

⁸⁷ Cf. supra sobre esta teoría de «la erosión».

serían la causa del cambio de OP, completándose así algunas de las primeras explicaciones que habían defendido que fue el cambio de OP el que propició la pérdida de las desinencias casuales, y no a la inversa⁸⁸.

Como se ha visto en la descripción de esta teoría, su apoyo principal radica en argumentos de lingüística general o, al menos, en comparaciones entre un amplio número de lenguas IE y no IE; sus afirmaciones en el aspecto psicolingüístico sólo pueden ser confirmadas o rebatidas por estudios realizados en el mismo terreno. En lo demás, tiene el gran acierto de relacionar el cambio de OP con la estructura morfológica y sintáctica de la lengua. El estar realizado desde unos presupuestos teóricos previos hace que sea un trabajo definido, de orientación clara y muy poco perdido en la casuística. Acaso éste sea también su defecto –extensivo a otros trabajos metodológicamente similares–: la escasa apoyatura filológica en textos latinos. La documentación que utiliza cuando se refiere al latín arcaico y clásico, aunque bien seleccionada, es la misma de los estudios de Bennet, Marouzeau, Adams, Elerick y otros autores, combinada con la estudiada, ya hace largos años, en los trabajos de Feix y Haida sobre el Satiricón y la *Peregrinatio* respectivamente. No es de menor importancia el que no se tengan en cuenta todos los hechos del latín vulgar. Así, en la posición del genitivo con respecto al nombre determinado, se contempla el cambio de orden entre los dos elementos. Sin embargo, la sustitución del genitivo por giros preposicionales se registra también ya en latín vulgar; en el caso del genitivo partitivo que, como es sabido, en latín siempre tendió a la posposición, la perífrasis preposicional aparece de una manera más constante en toda época, pero también la sustitución del genitivo posesivo por el giro analítico con *de* está ampliamente atestiguada. Aunque no se trate de un reemplazamiento general y la sustitución culmine en romance –cf. n. 84–, estos precedentes probablemente influyeron en el cambio del OP del sintagma nominal.

10. VALORACIÓN GLOBAL SOBRE LOS ESTUDIOS DE OP

Hacer una valoración general de las teorías sobre el OP parece necesario para situar los objetivos de este trabajo.

No es injusto señalar que los estudios de OP tienen un antes y un después establecido por las investigaciones de GREENBERG. Su obra, que curiosamente no trataba del latín, es el punto de referencia de todos los estudios posteriores, y también el punto de partida desde donde los estudios actuales de OP se bifurcan en direcciones diferentes, lo que no excluye la existencia de investigaciones específicas, en aspectos filológicos, al margen de las grandes tendencias:

⁸⁸ Así, según la teoría de Bourciez –cf. supra, n.86–, cuando se establece un OP determinado, la flexión deja de ser imprescindible para reconocer las funciones: la desaparición de los casos y el OP son tradicionalmente dos fenómenos en conexión; pero, para Bourciez, el cambio se inició por el OP.

1.-Algunas investigaciones se orientaron hacia la lingüística general. Se buscó, en algunas de ellas, el OP del IE. En una indagación diacrónica, aunque se plantee como investigación de lingüística general, las lenguas IE tienen un peso considerable por ser casi las únicas bien conocidas en las fases antiguas. Cuando se encontró –o al menos se convino en aceptar– el OP del IE en el modelo (S)OV, la evolución al modelo (S)VO, mostrada por las lenguas históricas, se postuló como una fase en la evolución universal.

2.- Otro grupo de investigaciones se situó también en el terreno de la tipología o aceptó, al menos, alguno de sus puntos de partida, como el de que el OP no afectaba sólo a la posición del verbo, del adjetivo y del genitivo –que era obviamente la que había cambiado en las lenguas derivadas del latín–, sino que estaba implicada, como mínimo, con la del sujeto y la del objeto. La consecuencia más inmediata fue que la mayor parte de las investigaciones posteriores iniciaban el estudio del OP partiendo de la oración simple. Por la misma razón, en pocos estudios se examinó la posición del dativo y de los complementos circunstanciales.

A su vez, los descubrimientos más importantes en esta línea llegaban a conclusiones que, a pesar de las apariencias, iban convergiendo con las investigaciones precedentes. Dentro del sintagma nominal se confirmaron las conclusiones de Marouzeau de que en latín unos adjetivos tendían a situarse delante (los determinantes y los calificativos) y otros detrás (en general, los que funcionaban como discriminativos) con varias excepciones entre los diversos grupos. También, dentro del sintagma nominal, la posición del genitivo con respecto al nombre se confirmaba que era posiblemente el punto más incierto del OP del latín clásico. Las estadísticas efectuadas en autores muy diversos arrojaban unas cifras muy similares entre los casos en que el genitivo precedía al nombre y los casos en que lo seguía. A lo sumo, se podía advertir con cierta seguridad la tendencia a la posposición del genitivo partitivo en todas las épocas y autores latinos, así como cierta inclinación a la anteposición del determinante. Paradójicamente, frente a la incertidumbre de estos datos a nivel de sincronía, en el aspecto diacrónico desde las primeras investigaciones de OP era indiscutible que el resultado final en las lenguas romances era la posposición del genitivo y del adjetivo –ésta última, con diferencias entre ellas y, en general, como tendencia menos marcada–.

En los estudios tipológicos sobre la posición del sujeto, el verbo y el objeto, las conclusiones que se alcanzaban tenían un punto en común con las que se habían logrado en el sintagma nominal: los datos que ofrecían estos estudios, ayudados por la estadística y por la informática, eran firmes, pero la situación que describían para el OP del latín no era unívoca.

Uno de los problemas más curiosos era que la tipología, surgida de los estudios de Greenberg, indudablemente representaba un giro metodológico frente a los estudios meramente descriptivos de la época anterior. Sin embargo, eso no afectaba a las conclusiones que se alcanzaban. La explicación me parece clara, teniendo en cuenta que de los tres elementos que se investigaban –SVO– resultaba que el latín tendía a prescindir de la expresión del sujeto, por lo cual el OP se reducía, en la mayoría de los casos, a observar la colocación del O y el V, es decir, en el fondo se trataba de ver si

el verbo iba delante o detrás del objeto. Naturalmente, en estas condiciones, los resultados no diferían mucho de las primeras investigaciones de OP en las que sólo se examinaba la posición final o no del verbo. Eso explica también que un artículo de los años -20, como el ya citado de Linde, siga siendo todavía un punto de referencia en los estudios más recientes de OP. Una de las conclusiones que se podía extraer fácilmente de su investigación es que el OP no tenía una fórmula única en latín. Las variaciones entre los distintos autores eran demasiado evidentes para despachar el OP del latín diciendo que el verbo iba al final.

En realidad, desde época anterior a Linde, ya se habían advertido las incongruencias o variaciones en el OP latino. E. Richter ofrecía en 1903 una relación de pasajes correspondientes al latín arcaico y preclásico en los que aparecía el futuro OP del romance. En los manuales de Gramática histórica se hablaba de un OP habitual, caracterizado por la presencia del verbo al final y un OP retórico o esporádico, que solía ser caracterizado por la libertad en la colocación de las palabras. En estos mismos manuales y en los específicos de latín vulgar, como el de Grandgent, de comienzos de siglo, se advertía que en latín había no ya los precedentes del nuevo OP, sino que todo el latín clásico –junto con algunos testimonios del latín arcaico– representaba un período intermedio de lucha entre los dos modelos, el antiguo y el nuevo, que, mientras la evolución avanzaba, se usaron por igual, hasta el triunfo definitivo del nuevo orden en torno al s. IV d.C.

Cuando los estudios de OP se hicieron bajo directrices tipológicas, aparecían las dos tipologías de verbo final (SOV) y verbo medial (SVO). Algunos autores señalaron entonces que el latín estaba en una fase de transición (Adams) de forma que si en Plauto ya se advertía un OP con predominio del verbo en posición medial –y no final– eso quería decir que por su época, al menos en los autores de cuño más popular, la nueva tipología estaba ya impuesta. La perduración del viejo modelo de verbo final (SOV) y su coexistencia con el nuevo habría de interpretarse como un rasgo culto, refractario al cambio. Así habría que explicar la fuerte tendencia al verbo en posición final por parte de César, que resultaba ser, según esta teoría, un arcaizante. Pero el problema era entonces –aparte de convencer de que el estilo de César se caracterizase por tal rasgo de arcaísmo, único en su estilo– el de explicar el OP de dos prosistas coetáneos suyos, Varrón y Cicerón. Si en el primero, por el carácter técnico de su obra mejor conservada, la gran frecuencia de verbos no finales podía atribuirse a influjo popular, en el caso de Cicerón, concretamente de sus discursos, ya no había explicación plausible, porque los datos variaban de unos a otros, de modo que, aun encontrando una explicación particular para cada uno de ellos, no podría ser representativa de una tipología general de la lengua.

Por otra parte, algunos estudios filológicos, realizados para comprobar la tipología de determinadas obras, no ofrecían más que las conclusiones finales en términos estadísticos, sin presentar los textos de partida y sin que se pudiera contrastar, por lo tanto, qué elementos –nombres, oraciones, o complementos de rección– se tenían en cuenta para establecer la tipología de la lengua y su grado de consistencia.

Algunos lingüistas, desde una de las posturas más críticas (Martinet), señalaban que no se podía reducir la tipología del latín a una fórmula, mientras que otros, entre

ellos algunos de los más autorizados en los estudios del OP, llegaban a la conclusión de que el latín era una lengua de tipología ambivalente. Por este concepto de *tipología ambivalente* se entiende que el latín puede aparecer con la vieja tipología heredada del IE de verbo al final (OV) o bien con el nuevo modelo (VO) que comienza a reemplazar al anterior, quizás en el latín tardío o, quizás ya desde épocas tempranas.

No obstante, se observaron también ciertos límites dentro de la supuesta ambivalencia de la lengua. Aparte de aquellos lugares en los que el OP aparecía con un carácter sintácticamente significativo, se señalaron en distintos estudios los condicionamientos mayores de OP en situaciones de aumento de la complejidad de la frase o del número más elevado de sus constituyentes.

Como punto de partida, se postula la ambivalencia en uno de los trabajos de Panhuis (1984), que, en la línea de Lehmann y Adams, considera que la tendencia a la posición final del verbo en latín es un artificio literario arcaizante, pues el latín habría iniciado el cambio tipológico en fecha muy antigua pasando a ser una lengua de verbo medial, aunque sin realizar el cambio de forma total. Así se insistía en la idea de Adams de que la ambivalencia podía estar motivada por una razón del registro culto o popular de la lengua. Sin embargo, la idea de dos OP diferentes en latín presentaba ciertos problemas internos. Como ya se señaló, era poco convincente admitir que textos clásicos con tipología OV fuesen arcaizantes. Por añadidura, textos supuestamente populares, como el Satiricón, resultaban ser más fieles a la tipología clásica OV que a la vulgar al presentar altas proporciones de verbos finales incluso en la Cena.

En cierto modo, si en latín se pueden encontrar las dos tipologías y si, además, nadie podría negar que pueden encontrarse en los textos ejemplos de otros OP diversos en todas las épocas, como, por ejemplo, el verbo inicial o el objeto al inicio, entonces se comprende que el OP empezara a ser investigado de acuerdo con otros supuestos.

En estudios impulsados desde la Pragmática, como el de Panhuis, se parte del principio de que el OP no obedece a razones sintácticas sino a razones informativas. De la misma manera, Pinkster al abordar el OP insiste en su escepticismo sobre el carácter sintáctico del OP y sobre la tendencia marcada del verbo a la posición final en latín clásico, en el que se da la posibilidad de movilidad de cualquier elemento por razones pragmáticas o estilísticas. Tampoco está claro, en su opinión, que el latín vulgar tenga una tipología firme con verbo medial (SVO). En suma, traduciendo literalmente sus palabras, su conclusión final es «una vez más, los datos no sugieren un orden básico sintáctico» –ib., 1991, p. 72–. Pero, en todo caso, ha de partirse de un orden básico o no marcado para comprender en qué medida puede alterarse por razones pragmáticas.

Después de este estado de la cuestión de las teorías actuales, parecía lógico dirigir la vista atrás para ver qué habían dicho los romanos sobre su propio OP. A esto se dedica la segunda parte del trabajo.